

Deseo®

EMOCIONES DEL AYER

Amy J. Fetzer

Él había vuelto, ¿qué iba a hacer?

La respuesta a esa pregunta, y cualquier pensamiento coherente, abandonaron a Maxie Parrish cuando el sargento Kyle Hayden apareció en su rancho. A Maxie no le quedaba más remedio que aceptarlo y controlar sus sobresaltadas emociones. Porque esta vez tenía que pensar en alguien más…

Los siete años de separación habían cambiado bastante a aquel ex marine que antes siempre buscaba el peligro. Su mirada ahora le ofrecía toda una eternidad. Pero había un secreto que podía cambiar sus vidas…



Amy J. Fetzer

Emociones del ayer

Deseo - 843

ePub r1.0
LDS 07.12.16

Título original: *The Re-enlisted Groom*
Amy J. Fetzer, 1998
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire (MD) - 1211 / Silhouette Desire (SD) - 1181
Protagonistas: Kyle Hayden y Maxie Parrish
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Prólogo

Campamento Pendleton, California.

Kyle y Maxie se iban a casar dentro de cinco días.

Y un día después él se iría a la Operación Tormenta del Desierto.

La posibilidad de que la pudiera perder a ella, a su vida y a la única sensación de pertenecer a alguna parte desde que tenía doce años le golpeó al sargento Kyle Hayden como una descarga de artillería. Apretó los brazos alrededor de la mujer a la que amaba, sabiendo que nada podría suavizar las noticias que siempre se había esperado.

—No es justo —lloró ella y las lágrimas le mojaron la camiseta.

—Ya lo sé, querida, lo sé. Pero órdenes son órdenes —dijo él tratando de memorizar su olor.

Tenía un nudo en el estómago. Nadie había llorado por él anteriormente. Nunca le había importado lo suficiente a nadie.

Ella lo miró con sus torturados ojos verdes.

—Oh, Kyle, éste no es uno de tus juegos de peligro. No es como conducir un coche o una moto de carreras, donde puedes parar cuando quieras. La guerra es algo real. Balas de verdad, peligro de verdad.

—Estaré bien. Mantendré baja la cabeza, te lo juro.

—Mejor será que mantengas bajo todo entero.

Él sonrió.

—¿Té preocupa alguna parte de mi cuerpo en particular?

De repente ella se apartó de sus brazos.

—¿Es que todo esto es una broma para ti? ¡Cielos, Kyle! ¿Estás

pidiendo que te maten?

—Vamos, querida, no empieces con esto ahora —dijo él tratando de abrazarla de nuevo, pero ella no se dejó.

—¿Entonces cuándo, Kyle? ¿Cuando te rompas la espalda en vez de tener un esguince al saltar de un helicóptero? ¿O cuando te peguen un tiro porque quieras experimentar si es así lo que se siente de verdad en vez de como en esas ridículas escenas de cine en que has hecho de especialista?

Maxie sabía que casi estaba gritando, pero temía por él, por su futuro.

—Te estás pasando. Todo eso no te había molestado antes. Incluso venías a verme. Y creía que eso era lo que te gustaba de mí.

Maxie recordó cuando lo conoció y él conducía un coche de carreras en Long Beach. Y recordaba también el choque del que tuvo suerte de salir vivo.

—En un hombre que acababa de conocer sí, era intrigante. Pero no en un marido. Me gustaría que el futuro padre de mis hijos estuviera vivo.

—No hagas eso —la interrumpió él—. No puedo pensar en algo tan lejano, Max. ¿Hijos? ¿Por qué me hablas ahora de eso?

—Porque, sinceramente, creo que te gusta más jugar con la muerte de lo que te gusto yo.

—Eso no es cierto. Yo te amo, pero tengo órdenes.

—Ya lo sé —respondió ella impacientemente—. Pero esto ya nos está afectando, Kyle, y quiero que te des cuenta.

Él se cruzó de brazos.

—Te está afectando a ti, no a mí.

El dolor se asomó a los ojos de ella.

—¿Es que eso no es suficiente?

Kyle se dio cuenta de que estaba siendo egoísta. Pero podía pasar meses fuera, o lo podían matar y no volverla a ver. No quería hablar ahora de hijos o de un hogar. Su hermano mayor, Mitch, y él habían estado solos desde que los abandonaron cuando él tenía doce años y la imagen que ella había despertado en él le resultaba demasiado extraña. La amaba, pero como tenía una obligación con el cuerpo de Marines y se iba a ir a una guerra no podía darle lo que ella quería. De repente tuvo más miedo de perderla del que le podía tener a una bala iraquí.

Levantó la mirada, esperando que ella no se diera cuenta del miedo que tenía.

—Te amo, Maxie. Esto es todo lo que tenemos ahora —dijo levantando los brazos y esperando.

Ella dudó, pero enseguida se arrojó a sus brazos, abrazándolo.

Y él le devolvió el abrazo, besándola. El beso fue salvaje y feroz, de una manera que lo hizo desear llevársela consigo a Arabia.

La necesitaba y ella se entregó a él totalmente.

Y Kyle aceptó ansiosamente. No podía pensar en que dentro de pocos días iba a dejar allí a su novia, sola, que iba a cambiar su sonrisa y la luna de miel por el sabor del fuego enemigo. Claro que, ¿quién le mandaba a él ir allí? No podía dejar de pensar en el placer que compartían, sabía que ella estaba igual de ansiosa por él que él por ella. La anticipación de estar dentro de ella casi hizo que perdiera el control de sus movimientos al desabrocharle el sujetador y luego le envolvió los senos con las manos.

Maxie gimió de placer y lo ayudó a quitarle la blusa. Tenía ya los pezones completamente endurecidos. Pensó que él tenía la boca más increíble.

—Kyle, Kyle —susurró ella.

Sabía que se iba a ir por mucho tiempo y, cómo podía eso afectar a su matrimonio.

—Tal vez debiéramos posponer la boda hasta tu vuelta.

El levantó la cabeza repentinamente y la miró fijamente.

—Ni lo sueñes. Te necesito. Te amo, Max —murmuró antes de volverla a besar—. Necesito saber que eres mi esposa.

—Oh, Kyle, yo te amo también, pero tenemos que ser realistas —dijo ella mientras le quitaba la camiseta.

De repente él la levantó hasta que tuvo los senos a la altura de la cara.

—Ésta es la única realidad que yo quiero —dijo besándole profundamente un pezón.

Pensó que la estaba haciendo cambiar de opinión, como hacía siempre que le mencionaba que esperaran. Pero se rindió a ese contacto y, le rodeó las caderas con las piernas mientras él la hacía tumbarse en la cama. Se tumbó encima de ella y mientras ya había metido la mano por debajo de su falda y le estaba quitando las braguitas.

Maxie lo miró fijamente mientras él le introducía profundamente los dedos. Entonces cerró los ojos y se agitó contra esa mano.

—Siempre estás así de caliente y húmeda —gruñó él y sonrió cuando ella se ruborizó con todo el cuerpo—. Lates por mí.

Sus dedos se movieron en su interior lenta y deliberadamente y vio como su deseo iba subiendo. Estuvo seguro de él cuando ella le fue a desabrochar los pantalones de camuflaje. Con una mirada de decisión, ella metió la mano dentro y lo abarcó.

El se estremeció ante ese contacto.

—Oh, Maxie…

—¿Es esto suficiente realidad? —susurró ella mientras se frotaban entre sí—. Es suficiente cuando tú estás…

Entonces él la besó para hacerla callar.

—Desnúdate para mí —le dijo luego.

La soltó y empezó a quitarse las botas de combate sin dejar de mirarla a ella mientras se quitaba el resto de la ropa.

Luego Maxie se tumbó en la cama y él se quitó los pantalones.

Maxie lo vio acercarse, desnudo y musculoso en la penumbra y su cuerpo reaccionó excitándose. Dejó a un lado todo lo que pensaba de su futuro incierto y se dejó llevar por la fiera pasión que siempre los envolvía.

Sabía que se marchaba porque quería luchar por su país, además de que ése era su trabajo, y nunca se le ocurriría tratar de impedírselo. Las cicatrices del último accidente que había sufrido saltando en paracaídas y el año que hacía desde que lo conocía le decían que era inútil intentar mantenerlo apartado del peligro. Vivía por él.

—Ven aquí —le dijo Kyle.

Ella no tuvo más remedio que acceder.

—Es patética esta autoridad que tienes sobre mí —dijo ella ansiando que la volviera a besar.

—Puede que sobre tu cuerpo. ¿Pero sobre ti? Eso nunca.

Los dos se miraron y los labios de ella se curvaron en una sonrisa picara que hizo que a Kyle se le cortara la respiración.

«Es tan hermosa», pensó acariciándole los senos.

Ella gimió levemente cuando le rozó los pezones. Luego bajó las manos por todo su cuerpo, acercándose cada vez más a la fuente de

su calor.

—Hazme el amor, Kyle. Y que dure.

—Tenemos toda la noche. Y dentro de unos pocos días, tendremos toda una vida.

—No, no la tendremos. ¿No lo ves? Tú te irás y no sabemos cuándo volverás. Tal vez no debiéramos apresurarnos y sería mejor que esperáramos.

Inmediatamente, él la hizo tumbarse de espaldas y se colocó encima.

—No puedo —dijo y entonces la llenó de un solo empujón—. No puedo. Te necesito demasiado.

Luego hicieron el amor salvaje y ferozmente, olvidándose de ese futuro incierto que tenían por delante y quedándose solo con la tremenda pasión que llevaban compartiendo casi todo un año.

Maxie se sentó en el borde de la cama en la barata habitación de hotel, con las manos en el regazo. Jugueteó con el anillo de compromiso hasta que el dedo se le enrojeció, entonces se lo quitó y lo metió en el bolso. Las lágrimas le caían por las mejillas y no se molestó en enjugárselas. Las necesitaba y se las merecía.

Miró al reloj. La manecilla gruesa se negaba a pasar de la hora de su boda. Su mirada se detuvo entonces en el blanco traje de novia que había dejado sobre la silla. Sólo se lo había puesto una vez ese día y sólo se había sentido una novia por un momento. Ese vestido significaba todo lo que ella deseaba, un marido, un hogar, hijos. Pero Kyle la quería sólo a ella. Y al peligro.

¿Casarse ahora, justo antes de que él se fuera a la guerra, era una buena idea? ¿O era apresurarse demasiado? ¿Estaba ella enamorada de la idea del matrimonio y la familia, o de Kyle?

Apartó la mirada del vestido. No había dejado de hacerse esas preguntas desde hacía una hora, con el ansia de correr a la capilla y casarse con Kyle atosigándola.

Pero el torbellino que sentía en su interior y el miedo la contuvieron y la mantuvieron allí, en esa habitación. ¿Cómo le podía hacer eso al hombre al que amaba? Pero sabía que lo tenía que hacer. Habían sido semanas de caóticos preparativos para una boda y para que su novio se fuera a la guerra. Kyle se había negado en redondo a posponerla y eso la había llevado a ella al momento en que estaba.

Lo había sentido hacía seis semanas, cuando él se había marchado a entrenarse para la guerra en el desierto. Esa primera separación le había abierto los ojos, la había asustado y confundido. Sin la atracción física, se dio cuenta de que estaban en la misma carretera, pero yendo en direcciones opuestas. Lo amaba profundamente, pero querían cosas distintas y sabía que el deseo no era suficiente.

Era por eso por lo que no se podía enfrentar a él en ese momento.

Si la miraba o la tocaba, sabía que no haría lo que tenía que hacer.

Él se iba a marchar y no se creería que era mejor esperar hasta que volviera, no se creería que, si se amaban de verdad, ese tiempo no tendría importancia.

Vestido con su uniforme azul oscuro, Kyle tenía la espalda tan rígida como la culata de un fusil, los ojos altos y fijos en la entrada de la capilla. No dejaba de pensar que ella iría. En cualquier momento. A su alrededor, los invitados cuchicheaban y el reloj de la capilla sonaba como si estuviera dentro de su cabeza. Sus compañeros estaban alineados a su lado, su hermano mayor, Mitch, le decía que debía ser cosa del tráfico, la clásica impuntualidad femenina. Pero cuanto más esperaban, más se la imaginaba en un accidente, sangrando. Ya había mandado a dos de sus compañeros a buscarla. Si estuviera bien, se lo habrían hecho saber, pensó. Maxie no le haría eso a él. No lo dejaría con esa incertidumbre.

Maxie lo amaba.

Lo creía. Y esperaba.

Esperó hasta bien pasada la hora de la boda.

Esperó hasta que los invitados se marcharon, escondiendo su humillación bajo la expresión granítica que había perfeccionado con los años. Sin dejar de mirar a la puerta, Kyle notó como iban aumentando su dolor e ira. Hasta que vio a la madre de ella y la cara que tenía. La compasión y lástima que vio en ese rostro fue suficiente como para dejarlo helado.

Dejó el ramo de flores que era para Maxie y se marchó de la iglesia con el paso lento de un marine yendo a la guerra. Que era exactamente lo que tenía que hacer, casado o no.

Menos de veinticuatro horas más tarde, ya vestido con el

camuflaje de desierto, estaba en formación con su pelotón y llevando toda la impedimenta. No habló con nadie, demasiado consciente de que sus compañeros sabían que no era el hombre casado que debía ser ese día. Trató de no imaginarse la cara de Maxie, ni lo que estaría haciendo en ese momento. Un gemido femenino lo pilló con la guardia baja y su mirada se dirigió a uno de sus compañeros, que tenía en sus brazos a su esposa, la cual le decía que lo echaría de menos. Se le hizo un nudo en la garganta. Pensó que él debería estar igual. Miró al montón de gente que los iba a despedir, deseando verla a ella. Deseó verla correr hacia él pidiéndole que la perdonara y diciéndole que lo amaba.

Pensó que ella iría. No lo iba a dejar meterse en ese avión sin despedirse.

Pero no, al cabo de un rato empezaron a marchar hacia el avión.

Fue el último en abordar el avión, pero aún cuando se empezaron a cerrar las puertas, siguió mirando afuera.

Entonces afrontó la verdad.

Y se murió por dentro.

Capítulo 1

Gran Cañón, Arizona. Siete años más tarde.

Maxie se detuvo un momento con el carro lleno de heno cuando oyó el helicóptero que volaba por encima de ella.

—Relájate, Elvis —le dijo al caballo que se asomó a la puerta de su establo—. Ya deberías estar acostumbrado a eso.

Agitó la cabeza. Los pilotos independientes que contrataba el servicio del parque Nacional cuando se quedaban sin gente siempre eran un poco presumidos. Aparentemente, el piloto que iba a tener que soportar durante las dos semanas siguientes era de ésos.

Dado que debía ser uno de los pilotos que ya había hospedado anteriormente, no fue corriendo a darle la bienvenida, pensando que tardaría unos minutos en detener el trasto ese y acercarse andando al establo. Eso si se le ocurría irla a buscar allí. Normalmente el servicio del parque los solía alojar en hoteles, o en la casa de cama y desayuno de la señorita Tippin, pero teniendo a la mitad de los equipos de rescate con la gripe y con el tráfico de turistas tan anormalmente alto por la falta de nieve, se los colocaban a ella. Pero no lo hacían lo suficientemente a menudo como para que se arrepintiera del trato que había hecho hacía tres años con el servicio del parque. Sólo esperaba que ese piloto no se esperara que le dedicara demasiado tiempo. Tenía mucho trabajo que hacer.

Mientras cargaba el carro con otro montón de heno, un movimiento le llamó la atención en la entrada del establo.

Se quedó helada y pálida.

Su peor pesadilla se acercaba.

Lo reconocería en cualquier parte, en cualquier momento. Incluso con esa chaqueta de cuero oscuro abrochada hasta arriba y el rostro semioculto tras el sombrero de vaquero negro.

Maxie contuvo el impulso de huir.

En vez de eso, esperó el momento en que él la reconocería a ella.

Llevaba una bolsa al hombro y miraba más a donde pisaba que a donde se dirigía.

—¿Es éste el Rancho Win Dancer, señora?

—Sí, Kyle. Lo es.

Se detuvo en seco y levantó la cabeza de golpe.

No dijo nada, sólo la miró sin expresar nada.

A Maxie no le ayudó nada a sobreponerse el hecho de que él tuviera el mismo buen aspecto que la última vez que lo había visto. Sí, tenía algunas arrugas y un aire de cinismo que antes no había en su rostro, pero era el mismo. Guapo, bronceado, con el cabello color arena y los ojos oscuros y maliciosos. Pero al parecer, él tampoco estaba muy contento por ese encuentro.

Kyle estaba temblando por dentro. Siete años desaparecieron y él volvía a ser un marine de pie en la pista de aterrizaje, esperándola y tremendamente dolido. No pudo evitar desear no haber puesto nunca los pies en ese establo, pero tenía que recuperar el control diciéndose a sí mismo que eso era su pasado, no su presente.

Maldición.

No tenía que ser tan duro sólo mirarla, pensó. La agonía de haberla perdido sin saber por qué se le agarró al pecho. Pero como un masoquista en busca de más dolor, le recorrió el rostro y el cuerpo con la mirada. Ciertamente siempre había tenido un cuerpo que evocaba las fantasías más salvajes y un rostro que podía proporcionarle a un hombre muchas noches de insomnio.

Él debería saberlo. Ya había pasado bastantes noches así. Y no quería pasar más.

—Hola, Max.

El sonido de su voz, profunda como el océano, la hizo estremecerse. Y le llevó un destello de sentimiento de culpa. Un sentimiento que nunca la había abandonado por completo y que ahora se veía magnificado.

La última vez que lo había visto, él había estado metiendo sus cosas en el petate, esperando casarse con ella al día siguiente, antes de marcharse…

Se dijo a sí misma que no tenía que dejarse dominar por el pánico, que él no sabía nada de los últimos siete años.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó por fin, tratando de que no se le notaran los temblores.

Kyle arqueó una ceja.

—¿No tienes otra cosa que decirme, Max? ¿Algo como: ya veo que has sobrevivido? ¿Tienes algún agujero de bala que mostrar después de nueve meses en el desierto iraquí?

Ella se tensó y recordó que no sabía lo que le había pasado en la guerra. Sólo que él no la había querido volver a ver.

Aunque tampoco podía culparlo por ello.

Aún así, trató de sonar casual, todo lo que pudo con él mirándola tan intensamente.

—Hola, Kyle. Tienes buen aspecto. ¿Algún agujero de bala?

Cuando él agitó la cabeza, añadió:

—Ahora, ¿por qué estás aquí?

—Mi helicóptero y yo estamos contratados por el servicio del parque.

—Sorpresa, sorpresa —murmuró ella—. Debería haber sabido que nunca estarías muy lejos del peligro.

Kyle se enfadó interiormente al ver que ella creía que no había cambiado.

—¿Te refieres a que haga esto en vez de manejar una ametralladora del calibre cincuenta durante los reconocimientos a baja cota? No. No se puede decir que sea lo mismo. Esto de llevar por ahí a los turistas no tiene nada de la inyección de adrenalina que se tiene bajo el fuego enemigo.

Ella no pudo dejar de darse cuenta del sarcasmo, pero se puso un poco pálida al imaginárselo.

—¿Qué? ¿No es suficientemente peligroso?

—Olvídate del helicóptero —respondió él—, ¿qué demonios estás haciendo tú aquí?

Ella volvió entonces a amontonar heno en el carro.

—¿No te creerás que hago esto porque me guste el aroma?

—Mira, Max, sólo dime dónde está el jefe y me marcharé de

aquí.

—Yo soy la jefa.

—¿Qué?

Maxie lo miró. La sorpresa de él era casi divertida. Si no fuera por la situación, incluso habría sonreído. Pero en vez de eso, dejó la horca en el carro y lo miró apartándose el cabello de la frente.

—Yo soy la dueña de esto, Kyle.

Después de mirar a su alrededor, Kyle la miró fijamente y ella le devolvió la mirada.

—Así que es aquí donde has estado, ¿no? ¿Todo el tiempo?

—No todo este tiempo —respondió ella con un tono de voz igual de helado que el de él—. Pero eso ahora no importa, ¿verdad?

Mientras hablaba, ella siguió con su trabajo y Kyle acarició con su mano libre al caballo que tenía más cerca. Más que nada para que ella no se diera cuenta de que le temblaba.

Lo cierto era que ella nunca se había mostrado… tan falta de emociones.

—No que yo vea —dijo encogiéndose de hombros.

—Muy bien. Por lo menos nos entendemos.

—¿Sí?

Ella lo volvió a mirar y agitó la cabeza.

—Ni se te ocurra empezar con eso, Kyle. Si te hubiera querido en mi vida, habría ido a la iglesia.

Kyle frunció el ceño.

—Sigues sin tener corazón, ¿eh, Max?

—Vete al infierno, Kyle.

—Tú eres la que estás dispuesta para el viaje.

Entonces ella se dio cuenta de que tenía un tridente para el heno en la mano. Maldijo a Kyle por volver a aparecer de nuevo en su vida, por hacerla ver que no podía escapar de sus errores. Se sentía tremendamente avergonzada por como lo había tratado hacía todos esos años, pero había tenido algo más que arriesgar que sus propios sentimientos. Sabía muy bien lo que le había costado esa decisión. Y había pagado por ello de muchas más maneras de las que él se podría imaginar nunca. Pero no le iba a contar a él lo mucho que también había sufrido y sus miradas se encontraron.

—No nos hemos visto desde hace siete años, así que no des por hecho que me conoces, porque no es así.

La agarró por la muñeca cuando ella fue a tomar las riendas del caballo y sus miradas chocaron.

—Te equivocas, Max. Te conozco mejor que cualquier otro hombre.

Ella trató de soltarse.

—Estás soñando. Otra vez.

Kyle tiró de ella y la atrapó entre su cuerpo y la pared mientras deslizaba la mano libre por dentro de sus pantalones y le rozaron la piel desnuda.

Era algo tan suave como la recordaba, pensó él y su cuerpo la ansió de repente.

—Kyle, no…

La sujetó más fuertemente, aunque su mente no dejaba de gritarle que dejara de torturarse a sí mismo, que no estaba dispuesto a tener nada que ver con ella, no otra vez, no después de la forma en que ella lo había humillado. Aún así, sin pensarlo, siguió acariciándola la espalda. Ella estaba desnuda debajo de esa tela.

—Oh, Maxie —susurró suavemente y los ojos de ella se suavizaron.

Cerró los ojos, se apretó contra él y él recordó. Recordó saborear su piel, estar desnudo con ella, estar hundido profundamente en ella. Su vientre se tensó dolorosamente y la apretó contra él. Le rozó los labios con los suyos y subió una mano para acariciarle un seno, rozándole el pezón con el pulgar. Se le escapó un gemido, como un largamente contenido grito de libertad. El que el deseo no hubiera cambiado no era más que una complicación que no se había esperado. De repente eso lo hizo sentirse irracionalmente débil.

Y no le gustó nada.

Maxie luchó levemente contra él, pero el calor líquido que la invadía ante esas caricias le resultaba difícil de ignorar. Siempre se había imaginado que, si alguna vez llegaba ese momento, sus sentimientos serían casi inexistentes, pero allí estaban, como una estampida de ganado, con una fuerza que desafiaba a la naturaleza. Las rodillas se le debilitaron y, de repente, se sintió cálida y ansiosa, vulnerable por las caricias de ese hombre. Nadie la había hecho sentirse como él. Los años que habían pasado no habían servido para extinguirlo. Se agarró a las solapas de su chaqueta para no

caerse al suelo y pedirle más.

—Hay algunas cosas que no puedes olvidar, eh, chica.

El tono de broma de su voz la sorprendió y despertó de repente. Supo inmediatamente que él le estaba restregando el pasado por la cara. Lo miró y en su rostro sólo vio indiferencia.

Retrocedió enfadada con él y con ella misma.

—Sí, pero lo que hacemos al respecto es otra cosa. Esto es lo único que hemos tenido, Kyle. Un poco de sexo salvaje, nada más. Por lo menos yo fui lo suficientemente inteligente como para ver que la pasión no es suficiente para toda una vida.

Luego fue a alejarse, pero él la volvió a agarrar, la apretó de nuevo contra la pared y la besó insistentemente, introduciéndole la lengua entre los labios y acariciándole los senos por debajo de la camisa con ambas manos. Se le cayó el sombrero al suelo cuando ella empezó a rendirse.

Pensó que aquello no estaba bien. Entonces él le metió una rodilla entre las piernas y ella, instintivamente, se apretó contra esa pierna y empezó a acariciarle el cabello.

De repente él se apartó y la miró.

—¿No es suficiente, Max?

Ella se dio cuenta de lo que se trataba. Era una humillación. Se la estaba devolviendo.

Pasó a su lado ignorando la sensación de sus ojos en la espalda y salió del establo.

Kyle se quedó muy quieto, apretando los dientes y sin dejar de mirarla. Lo cierto era que, desde el primer momento en que entró allí y la vio supo que, lo que tenía que haber hecho era salir corriendo de allí y no volver nunca más. Pero allí estaba él…

Miró al suelo y se frotó el cuello.

Había sido una reunión de lo más espantosa. Pero lo cierto era que el que terminaran su relación fue elección de ella, no de él. Había tomado esa decisión sin contar con él para nada y había huido como una cobarde.

Ahora se estaba pensando seriamente romper el contrato con el parque. Pero no se lo podía permitir.

Tenía que encontrar otro sitio donde quedarse. Tal vez los del parque tuvieran otro lugar, así que decidió ir a ver.

Tomó de nuevo su petate y se dirigió a la entrada, pero se

detuvo en seco cuando la vio acercarse a un carruaje para caballos que iba a remolque de un todo terreno negro. Abrió la puerta del remolque y desapareció en su interior, volviendo segundos más tarde llevando a un caballo marrón de la brida. Se movía muy tranquilamente mientras llevaba al animal al paddock y desaparecía de su vista.

Kyle trató de no estirar la cabeza para verla mejor y se apresuró a su helicóptero. ¿Cómo podía estar ansioso por verla y maldecir al mismo tiempo esa tentación?

Hacía frío y Maxie puso en marcha el todo terreno para que se calentara el motor. Luego cerró los ojos, apoyó la cabeza en el volante y se obligó a no llorar.

Pensó que aquello era lo peor. Ese beso… Golpeó con fuerza el volante, furiosa por él por tentarla de esa manera y con ella misma por dejarse llevar por él como una colegiala atontada. El que un hombre la hiciera sentir flaccidez en las rodillas no le había sucedido nunca… desde hacía siete años.

¿Por qué tenía que aparecer él ahora? Ahora que tenía su vida en orden no quería que él se la alterara. Era feliz. Y cualquier razón por la que él estuviera allí, aparte de formar parte del equipo de rescate del parque, no tenía ninguna importancia. Él ya no tenía nada que ver con su vida. No paraba de decírselo a sí misma una y otra vez, obligándose a recordar su mirada cuando la había besado. Era un hombre amargado y airado y volverlo a ver solo serviría para volverla a traer el dolor y la culpa. Sólo haber estado ese rato con él era prueba suficiente de que su decisión de hacía siete años había sido la correcta. Y no iba a permitir que él volviera a meterse en su vida.

Puso en marcha el coche y aceleró.

Tal vez no lo necesitaran. A lo mejor ya había gente suficiente. Tal vez la predicción de tormenta estuviera equivocada y él volvería a desaparecer.

Maxie condujo tratando de que las lágrimas no le afectaran la visión.

Cuando el helicóptero de él le pasó por encima, rogó que fuera para marcharse para siempre. Porque aquello solo podía empeorar si se quedaba. Empeoraría cuando él descubriera que no sólo lo había dejado plantado en la iglesia, sino que tenía una hija de seis

años con una mujer a la que odiaba.

Capítulo 2

En la central de rescate, Kyle miró a los hombres y mujeres que estaban sentados en los cómodos sillones de cuero, alrededor de un par de mesitas de café.

—Muy bien, chicos, ¿qué es lo que no me estáis contando? —dijo cuando se negaron a cambiar de alojamiento con él otros dos miembros.

No le importaba irse a dormir a cualquier parte, siempre que no tuviera que ver a Maxie. Pero, desafortunadamente, no estaba cooperando nadie.

—Parrish es una muy mala cocinera —admitió por fin un hombre.

—¿Lo sabes de cierto?

La idea de que casi todos esos tipos conocieran a Maxie lo puso de peor humor todavía.

Unos cuantos intercambiaron unas miradas.

—Tiene toda una reputación.

—Pues no comáis en su casa.

—Te podría decir lo mismo a ti, Hayden —le dijo su jefe, Jackson Temple, riéndose.

—Mirad, haré que os merezca la pena cambiaros conmigo —dijo haciendo ademán de sacar su cartera.

Cuando sacó el dinero que les iba a ofrecer, silbaron de admiración.

—Cuidado, chicos, está desesperado —dijo alguien.

—¿De cuánto estamos hablando exactamente, Hayden?

—¿Os parece bien cien dólares?

—¿Significa tanto para ti la comida, piloto?

—No —respondió él.

Pero sí que significaba mucho para él su salud mental.

—¿Entonces por qué?

Jackson Temple se aclaró la garganta y luego miró hacia la puerta.

La conversación se interrumpió inmediatamente. Kyle levantó la mirada y se encontró con un par de ojos verdes tan fríos que no supo en qué estaba pensando la dueña. Lo único que supo fue que lo había oído todo.

Entonces ella entró del todo y murmuró.

—Me apuesto cualquier cosa a que el asiento trasero de ese helicóptero te parece de lo más cómodo en este momento.

Kyle cerró los ojos brevemente, sintiéndose un gusano. No tenía que haber hablado de eso con una gente a la que acababa de conocer y, aún así eran amigos de ella. No quería avergonzarla. Lo que pasó entre ellos no tenía nada que ver con la vida que ella se había construido allí.

Se metió el dinero en el bolsillo y le hizo una seña a un tripulante. Luego miró a la puerta de la oficina por donde ella había desaparecido, encerrándose con Jackson. A través del cristal, ella se encontró con su mirada. Le resultaba difícil de creer que fuera la misma mujer que se había derretido entre sus brazos hacía sólo un par de horas y, sólo ese recuerdo, hizo que su cuerpo se tensara. Luego ella echó las cortinas. Tenía que salir de allí de alguna manera, pensó. Trató de no volver a mirar a la puerta detrás de la cual ella se estaba escondiendo de él. De nuevo.

Dentro del despacho, Maxie se puso a caminar, sin molestarse en quitarse el chaquetón. De camino hacia allá había llamado a Jackson y, sin decirle por qué, le había contado que no quería a Kyle en su casa, pero Jackson no estaba cooperando.

—Creía que eras mi amigo, Jackson. Instálalo en un hotel.

El jefe de equipo se rió y se sentó en su sillón mientras ella no paraba de moverse.

—Ya has tenido en tu casa a gente contratada, Parrish, ¿qué pasa?

Ella se detuvo y lo miró secamente.

—Muy bien, muy bien —añadió él—. No voy a insistir. No es necesario que me des los detalles.

—Tú haces las acomodaciones. Cámbialas.

—No puedo. No hay otra opción.

—Tiene que haberla.

Maxie ya sabía los peligros que había en tener cerca a Kyle, mucho más los de tener que verlo todos los días hasta que terminara su contrato.

—No para un helicóptero. El combustible es demasiado caro como para hacerlo aterrizar en cualquier otra parte. Tu rancho es el mejor lugar para instalar a éste. Está cerca, hay poco viento y mucho espacio libre. Ya lo sabes. Nunca antes te he visto así, Maxie. Parece como si él te diera miedo.

Ella parpadeó. ¿Miedo? ¿De Kyle? Se quitó la chaqueta y se sentó en el sofá y se quedó mirando al vacío. No tenía miedo de él. Sólo de que la tocara. La mente se le quedaba en blanco cuando lo hacía. Y ella no se podía permitir ni un solo pensamiento incoherente, por su hija. Mimi dependía de ella.

Se alegró de que se fuera a quedar en el rancho de su abuela durante el siguiente par de días, si no ahora ella estaría tratando de evitar sus preguntas en vez de sentimientos antiguos. Mimi tenía la habilidad de ver directamente el centro de un problema e insistir hasta conseguir toda la verdad. O de decirle a su madre lo que creía que era la verdad, tanto si ella lo quisiera oír como si no.

—A mí me cae bien —le dijo Jackson.

Entonces ella lo miró.

—¿Sí?

—Y, al parecer, a ti también te cayó bien en su momento.

Maxie apartó de nuevo la mirada. Sí, lo había amado, o eso había creído. Pero luego se había dado cuenta de que sólo se había tratado de lujuria. Una buena lujuria, pero no lo suficiente como para basar en ella toda una vida. Pero de todas formas, era la forma inmadura en que lo había dejado lo que todavía la atormentaba.

Entonces pensó en las palabras de Jackson. Kyle la estaba asustando. Pero ahora no huiría. Cuando huyó de él el día de su boda sólo fue para descubrir al cabo de tres semanas que iba a ser la madre de su hija. Para entonces él estaba en la guerra, con el corazón roto y no debía tener muchas ganas de saber nada de ella,

sólo debía pensar en permanecer vivo. Así que se había negado a hacerle saber que estaba embarazada, aunque sabía muy bien que él tenía derecho a saberlo. Tan pronto como su unidad volvió al país, le había dejado un mensaje y sólo recibió una seca respuesta de su hermano mayor.

—No vuelvas a llamar. No quiere saber nada más de ti.

De todas formas, le había escrito, aunque le costó mucho hacerlo. Pero se la devolvieron sin abrir.

El mensaje quedó dolorosamente claro.

Pero ahora él estaba allí y la felicidad de su hija estaba en peligro. Mimi era su principal preocupación. Se levantó de repente del sofá y tomó su chaqueta, poniéndosela mientras se dirigía a la puerta.

—¿Maxie?

—Lo necesitas para que lleve el helicóptero, ¿no?

—Sí.

Maxie miró entonces a Jackson.

—Entonces dile que lo haga. Yo estaré en mi casa, esperando.

—¿Me estás diciendo que lo aceptas?

—No tengo más alternativas, ¿verdad? Accedí por escrito a permitir que el equipo de rescate utilizara mi terreno para sus helicópteros. Además… hay mucho sitio.

La verdad era que podía pasarse el día entero sin verlo si quería. Y así sería.

Maxie abrió la puerta y se dio de bruces con el pecho de Kyle. Fue como darse con un muro. Él la tomó por los hombros para sujetarla, pero la mantuvo cerca. Sus miradas se encontraron y ella le puso las manos en el pecho. Por un largo momento, ninguno de los dos se movió. Maxie se perdió en los recuerdos que evocaba en ella ese cuerpo y Kyle deseó tocarla algo más que los hombros.

—Pon en marcha el pájaro, piloto —dijo Jackson—. Ya es hora de que lo muevas.

Kyle miró a Maxie y vio sólo resignación en sus rasgos.

—Al parecer, te vas a quedar en mi casa.

¿Para que ella pudiera retorcer el puñal en la herida?

—Pasará pronto.

La vieja rebelión que recordaba en ella, salió a la superficie.

—Creo que podemos ser adultos con respecto a esto.

—Eso es un principio.

Ella se apartó y se cruzó de brazos.

—Ya veo que sigues con tus habituales respuestas ingeniosas.

Kyle se dio cuenta de que se estaba refiriendo a las cosas desagradables que le había dicho esa mañana. Se arrepentía de haberse dejado llevar por sus emociones y tenía toda la intención de que no volviera a suceder. Sólo deseó que ella no lo encendiera con tanta facilidad.

Jackson le puso una mano en el hombro y ella le dio unos golpecitos en el dorso.

—Ya nos veremos.

Aunque Temple estuviera en una magnífica forma física, era una docena de años mayor que Maxie, pensó Kyle. Luego se enfadó consigo mismo por la necesidad de justificar que otro hombre la tocara.

Kyle entornó los párpados cuando ella salió por la puerta. Luego miró a Jackson. Fue a decirle algo, pero no lo hizo. Si Maxie podía parecer civilizada con ese acuerdo, él también.

—No hay sitio en ninguna otra parte, piloto. Así que tú eliges: ¿la casa de Maxie o el asiento trasero del helicóptero?

Kyle siguió luchando contra lo inevitable.

—Puedo dormir aquí.

Había visto cuatro literas en la parte trasera de la estación. Y era un tremendo desperdicio de combustible tener que ir hasta la casa de ella todas las noches cuando podían necesitarlo enseguida.

Jackson agitó la cabeza.

—Eso es sólo para el equipo de guardia, lo siento.

—No me queda mucha elección entonces, ¿eh?

Jackson trató de no sonreír y le indicó que pasara al interior del despacho.

—Vamos a charlar un rato.

Kyle lo siguió. Era su jefe durante las siguientes dos semanas y, a pesar de que sólo se conocían desde esa mañana, le caía bien.

Una vez allí comprobaron todo el equipo de rescate que le iba a pasar para el helicóptero.

Luego se sentaron y Jackson sirvió unos cafés.

—Gracias por venir, Hayden —le dijo—. Estamos cortos de personal con la epidemia de gripe y te agradezco que nos hayas

alquilado también el helicóptero.

—Bueno, ya te he dicho que no permito que lo lleve nadie más que yo.

Jackson sonrió.

—Posesivo, ¿eh?

—Sí, yo y el banco que me hizo el préstamo para comprarlo y que todavía estoy pagando.

Jackson se sentó en su sillón y apoyó los pies en la mesa.

—¿Desde hace cuánto que conoces a Maxie?

Kyle se quedó helado.

—Años.

—¿Cuántos exactamente?

—Ocho o así. ¿Y tú?

—Unos tres. Desde que ella y…, ah, se vino a vivir aquí. Y sólo somos amigos. Además, nadie se acerca mucho a Maxie si ella no quiere.

Kyle lo sabía muy bien. La mujer que se había encontrado hoy era una sombra de la que él había conocido y amado. Pensó que no tenía que importarle si ella se mostraba fría, él sólo tenía que cumplir con su obligación y marcharse de allí. Y lo cierto era que prefería evitarla.

—Habéis tenido una historia seria, ¿no?

Kyle apretó los labios. No estaba dispuesto a que su vida personal se transformara en el chiste del día.

—Sólo una historia. Tiene que haber un sitio disponible en alguna otra parte…

—Lo siento, pero no. Ahora, saca tu helicóptero de mi pista, Hayden. Y quédate en el Wind Dancer hasta que se te necesite.

A Kyle no le gustó eso, pero aún así tomo el saco lleno de material.

—Que te diviertas.

Miró fijamente a Jackson y el hombre le sonrió.

—Esto te está divirtiendo, ¿no?

—Probablemente me divertiría más si supiera de qué se trata. Pero sí. No he visto nada excitante desde hace meses. Ya sabes, la gente tiene cuidado, obedece las reglas… Y con eso me deja sin trabajo a mí.

Kyle no pudo evitar sonreír.

—Llámame si me necesitas —dijo extendiendo la mano. Jackson se la estrechó y se separaron.

Afuera, Kyle vio que la temperatura estaba bajando. No más que cuando estaba cerca de Maxie, pensó mientras dejaba el saco en el helicóptero. Luego se metió en él maldiciendo al destino que había alterado su vida, tan ordenada. Encendió el rotor y esperó a que la tripulación de tierra le diera la salida. Luego despegó y se dirigió al rancho de Maxie. Se sentía ansioso y, tenía que admitirlo, también tenía miedo. Aquello se parecía mucho a Irak, era como volar hacia un punto caliente. Pero pensó que vivir bajo el mismo techo con la única mujer con la que había querido casarse sería como vivir bajo el fuego enemigo. Pero desarmado.

Media hora más tarde, Maxie lo vio acercarse desde el porche de su casa. El helicóptero era negro y con un amanecer pintado en los costados. El nombre de él estaba pintado bajo la ventanilla. Antes de que terminara de aterrizar, echó a andar y se alejó varios cientos de metros de los edificios principales, hacia la zona de aterrizaje. Tenía un nudo en el estómago y se dijo a sí misma que hacía eso por su hija. No tenía ninguna razón para ocultarla y no lo iba a hacer. Además, al no contestar a sus cartas y llamadas, Kyle había dejado muy claro que no quería saber nada de lo que le había sucedido a ella después de su ruptura y, su actitud presente indicaba que no había cambiado nada.

El helicóptero levantó una nube de polvo al aproximarse y no tuvo más remedio que admitir que admiraba la forma en que lo hizo tomar tierra. El ruido terminó enseguida y las palas cortaron el aire cada vez más despacio. Se detuvo y se metió las manos enguantadas en los bolsillos de la chaqueta y no se acercó mientras él terminaba de parar aquello. Luego se quitó los auriculares y la gorra de los marines que llevaba. Kyle abrió la puerta y salió. Luego sacó de atrás su bolsa. Aquella bolsa era un constante recordatorio de la última noche que habían pasado juntos. Luego él se puso su sombrero negro de vaquero y se dirigió a donde estaba ella. El corazón le dio un salto en el pecho mientras lo miraba.

Kyle se detuvo delante de ella. La miró desde detrás de las gafas de sol y le gustó ver que se ponía tensa. La miró los labios y recordó el beso que le había dado en el establo. Estaba perdido en ese recuerdo cuando la voz de ella lo devolvió a la realidad.

—Bienvenido al rancho, Kyle.

—¿Soy bienvenido o sólo tolerado, Max?

—Un poco de las dos cosas.

—¿Dónde puedo dejar mis cosas?

Ella se apartó entonces.

—¿Es esto todo lo que traes? —dijo señalándole la bolsa.

—Viajo ligero de equipaje.

Se dirigieron a la casa y, una vez allí, él se quitó las gafas de sol y el sombrero, recorriendo con la mirada la clásica decoración al estilo del sudoeste.

—Bonito sitio.

—Gracias.

—Me refiero para esconderte.

Ella lo miró heladamente mientras se quitaba la chaqueta.

—Yo no me estaba escondiendo, Kyle. He estado siempre aquí.

—¿Pero quién lo sabía?

—Cualquiera que tuviera interés —respondió ella.

Estuvo a punto de decir algo en su defensa, pero no lo hizo y colgó el sombrero de un perchero. El no tenía ningún derecho a ponerse curioso con respecto a su vida. Recorrieron un pasillo y ella se detuvo delante de una puerta, que abrió.

—Aquí es —dijo apoyándose en el quicio y cruzando los brazos como una guardesa de cárcel.

Kyle entró, pero cuando lo hizo la rozó y eso le produjo un estremecimiento. La miró a los ojos preguntándose si ella lo habría notado, si se habría imaginado esos momentos en el establo.

—El baño es la siguiente puerta. La cena es dentro de media hora.

Capítulo 3

Kyle se agarró a su ira, que era el único consuelo que le quedaba ahora, y le dijo:

—No voy a comer nada que tú hayas hecho. Tu reputación te precede.

—Muy bien, no lo hagas. Muérete de hambre. Mira si me importa…

Maxie ni lo miró mientras caminaba hacia la cocina.

Kyle la siguió sin poder quitarle los ojos de encima y bajó esa mirada al trasero, embutido en esos vaqueros ceñidos.

—Tu compasión me abruma, Max.

—Estoy segura de que lo superarás.

Se acercó a la cocina y se inclinó para sacar del horno una bandeja, la dejó sobre la mesa y el aroma a salmón al horno con patatas hizo que a él se le hiciera agua la boca. Luego sacó dos ensaladas ya preparadas del frigorífico y sirvió la cena, muy consciente de la forma en que él no dejaba de mirarla. No tenía que mirar para saber que él estaba todavía cerca de la puerta. Su mirada era como si la tocara, siempre había sido así, y su frustración fue en aumento mientras abría una botella de agua mineral.

Sólo eran las cinco y media y deseó que el día ya hubiera terminado.

Mientras preparaba la mesa, Kyle vio por un momento a la antigua Maxie, la que sabía cómo usar cada cubierto en un restaurante de lujo. Habría sido una magnífica esposa de marine, pensó. Por supuesto, no había sido su buena educación lo que lo

había atraído hacía años, sino la cultura y experiencia que había querido compartir con él sin hacerlo sentirse un patoso. Y también su forma de besar. Como se sentía en sus brazos. Desnuda. Bajo él, sobre él… Contuvo un gemido, se frotó la nuca y miró al suelo.

¿Cómo podía despreciarla por haberlo abandonado en un momento dado y, al siguiente, desear abrazarla con tantas ganas?

—Baja a la tierra, Kyle.

Entonces se dio cuenta de que ella estaba agitando una mano delante de su cara.

—Sí.

Maxie retrocedió y le señaló la mesa.

—¿Sigues sin estar interesado?

—¿Me vas a envenenar?

Ella sonrió secamente.

—Supongo que vas a tener que arriesgarte.

Cuando se sentaron, ella encendió la televisión.

—¿No me digas que te gustan los seriales?

—Chico, estás fuera de onda. Los ponen a mediodía, que es cuando yo estoy en los establos. Ahora viene el parte meteorológico.

Siguieron cenando sin hablar hasta que él se dio cuenta de que se había comido la mitad de su parte sin darse cuenta de lo rico que estaba aquello.

—¿Por qué dicen los chicos que no sabes cocinar? —le preguntó.

—Esto no es cocinar. Sí lo es la cena de Navidad. Y soy yo la que empezó ese rumor. No necesito para nada que cualquiera de los contratados para el servicio de rescate se dedique a tratar de ligar conmigo. En su momento eso sucedió demasiado a menudo —dijo sin añadir que no le gustaba llevar hombres a la casa, por Mimi—. Me gusta mi intimidad.

—Te olvidas de que yo sé todo eso de primera mano.

—No me olvido de nada —respondió ella duramente—. Y ya te he dicho que no creas que me conoces. Lo nuestro fue hace años. Toda una vida. Nada es lo mismo. La antigua Maxie Parrish ha desaparecido.

La expresión de él se oscureció.

—Tú huiste…

—Y esta Maxie es una desconocida para ti.

Luego ella se levantó, recogió sus platos y los dejó en la pila. No podía enfrentarse con él en ese momento, aunque interiormente no tuviera más remedio que admitir que se alegraba de verlo. Kyle siempre había tenido una alegría de vivir que había envidiado, aunque su entusiasmo lo llevara a estar siempre muy cerca de la muerte. Ella se había pasado la vida tomando las salidas fáciles y su único momento de desafío le había costado a él mucho dolor y a ella la había dejado embarazada, soltera y obligada a madurar. Sí, ahora era distinta, más fuerte que antes. Tenía que serlo por su hija.

Estaba fregando sus platos cuando él le dijo:

—No eres una desconocida, Max. Puede que un poco distinta, pero sigues siendo la misma. Sigues huyendo de mí.

Ella se volvió con la mirada llena de ira. Había dejado de huir el día que nació Mimi.

—Yo tengo una vida aquí y, sólo porque hayas aparecido tú después de todos estos años, no significa que me haya escondido. Y, ciertamente, no lo he hecho de ti. No seas tan arrogante como para creer que he estado todo este tiempo esperando a que tú vinieras al galope para salvarme, ¡porque no ha sido así!

Se quedó mirando a la televisión sin verla, viendo en su lugar su vida, después del trauma con Kyle, después de su arruinado matrimonio con Cari Davis, que había dejado a su hija y a ella con el corazón lastimado… porque no podía ser sincera con sus sentimientos. Ni podía confiar en ellos.

—¿Cuánto tiempo más vas a seguir gruñendo, Kyle? ¿Cuánto tiempo más vas a seguir en mi rancho para hacerme pagar por una decisión que sé que tuve razón al tomar?

Kyle la miró airado.

—¿Sabes que tenías razón? ¿Lo sabes? ¿Y qué pasa conmigo, Max?

—¿Contigo? Te llamé, te escribí. No quisiste escuchar mis explicaciones. ¿Qué importa eso ahora? ¿Qué ha cambiado?

—Nada. Sigues pensando primero en ti.

—Cree lo que quieras, Kyle. Lo harás de todas formas.

Luego ella se dirigió a la puerta, pero Kyle la agarró del brazo y la obligó a mirarlo.

—Hazme cambiar de opinión.

—No. He trabajado duramente para forjarme un futuro aquí y

me niego a volver al pasado.

Kyle pensó a su vez que ya le había vuelto a dar con la puerta en las narices, pero la obligó a abrirle un resquicio.

—Te doy miedo, ¿no? El pasado te asusta. ¿Por qué, Max?

Ella se soltó y respondió.

—El asunto está muerto ya, Kyle. Deja de intentar revivirlo.

Entonces ella se marchó y lo dejó solo.

—La discusión no ha terminado todavía —dijo él a las paredes de la cocina.

Pero pensó que no le iba a sacar una explicación coherente, así que consideró rendirse y mantener una especie de tregua. ¿Qué sentido tenía hurgar en el pasado?

Entonces miró por la ventana y la vio alejarse. No, no lo podía dejar así, tenía que saber por qué lo había dejado. Tenía derecho a saberlo, ¿no?

¿Aún cuando hubiera ignorado sus cartas y llamadas?

Bueno, ahora estaba allí y no se iba a marchar hasta que no exorcizara a Maxie de sus pensamientos. Cosa que ya debía haber hecho hacía tiempo.

Una vez en el establo, Maxie ensilló un caballo y lo sacó de allí. Luego montó y le clavó los tacones, haciéndolo galopar. El retumbar de sus cascos se conjuntaba con el latir de su corazón. Recorrió unos cuatro o cinco kilómetros antes de que el caballo se cansara y ella aminorara el paso y volviera al rancho. Y a Kyle.

¿Por qué tenía que abrir él ahora esa caja de los truenos? Nunca comprendería por qué no se pudo casar entonces con él. Pero sabía que él no iba a dejar de interrogarla hasta que tuviera algunas respuestas. Ya estaba bastante harta de su insistencia, y eso que sólo habían pasado unas cuantas horas.

Cuando volvió al establo, sonó el teléfono que tenía allí. Apresuró el paso y, al descolgar el supletorio, oyó la voz de él contestando desde el edificio principal.

—Rancho Wind Dancer —dijo él.

—¿Quién es?

Su madre. Lo que faltaba. ¿Le pasaría algo a Mimi?

—¿Quién es usted?

—La señora Lacy Parrish —respondió su madre muy dignamente.

Maxie oyó como él suspiraba.

—Hola, señora Parrish. Soy Kyle.

—¿Hayden? —preguntó su madre sorprendida.

—Sí, señora.

Se produjo un largo silencio antes de que su madre dijera:

—¿Qué estás haciendo ahí, hijo?

El tono compasivo de su madre la sorprendió.

—Me han contratado con mi helicóptero para el equipo de rescate.

—Oh.

¿Pensaría su madre que ella lo había llamado? No, no podía pensarlo. No su madre. Ella lo sabía todo. Bueno, casi todo.

—¿Y no había habitaciones disponibles en los hoteles?

Kyle se rió levemente.

—¿No cree que yo hubiera preferido…?

—Sí, hijo, me imagino que sí. ¿Está ella montando a caballo?

—Sí, supongo. Le diré que ha llamado.

Su madre se despidió y colgó. Maxie esperó a que él también lo hiciera. En menos de veinte minutos, su hermana sabría quien estaba por allí y su padre comprobaría lo que él había dicho con Jackson. Aunque discretamente, por supuesto, ya que nadie más que su familia conocía la identidad del padre de Mimi.

Maxie cerró brevemente los ojos.

Primero llamarían sus hermanas, luego su padre y, estaba segura de que su madre se pasaría por allí al día siguiente como quien no quiere la cosa. Su madre adoraba a Kyle. Suponía porque tenía una debilidad por los uniformes. Pero la había apoyado cuando tomó la decisión de tener a su hija y criarla sola. Dio de nuevo gracias a Dios por tener unos padres tan comprensivos. Si la hubieran rechazado, toda su vida habría sido diferente. Aunque su padre tenía sentimientos contradictorios hacia Kyle, siempre había pensado que debía haberle hablado de la hija que tenían, aunque le hubiera devuelto esas cartas. Pero su madre había estado del lado de Maxie. Era mejor que Kyle no supiera nada.

Desmontó y llevó al caballo al establo. Luego lo desensilló y limpió. A continuación sacó a los demás al corral y empezó a ejercitarlos por turnos.

Maxie se dio una ducha, terminó una hora más tarde y entonces

oyó a Kyle maldecir. Se aseguró de que tenía bien sujeta la bata. Abrió la puerta y no vio a nadie.

Un momento más tarde, Kyle abrió la puerta del otro cuarto de baño y apareció con una toalla rodeándole las caderas y con algo en la mano. Estaba empapado y, por un momento, ella lo recorrió con la mirada. Aquello era peligroso, pensó, luego miró la muñeca griega que llevaba en la mano.

—Ah, muy bien —dijo acercándose y extendiendo la mano—. La había estado buscando.

Él no se la dio y arqueó una ceja.

—¿Juegas con muñecas en la ducha?

—Bueno, la verdad, ésta es de Mimi.

La sonrisa de ella le llegó al alma y le dio la muñeca.

—¿Y quién es Mimi?

A Kyle le dio la impresión de que no iba a querer oír aquello.

Ella lo miró a los ojos.

—Mi hija.

—¡Tienes una hija! —rugió él y se acercó.

Maxie rugió también como una osa gris protegiendo a su cachorro.

—Sí. ¿Algún problema?

Capítulo 4

La muy traidora…

—No tardaste mucho, ¿eh?

Maxie levantó la barbilla y se tapó mejor con la bata.

—¿Para qué?

—Para meterte en la cama con otro hombre después de que yo me marchara.

No le extrañaba entonces que sólo le hubiera escrito una vez.

Ella entornó los párpados. ¿De verdad que él se creía que ella era así? ¿Por qué le importaba ahora? No había respondido ni a su llamada ni a la carta.

—¿Cuánto más me ibas a ocultar el hecho de que tenías una hija?

—No te lo estaba ocultando. El que te importara o lo aprobaras carecía de importancia. Y, en vista de esta reacción tuya, me alegro de que ella no lo haya oído.

Entonces ella se metió en su dormitorio y le dio con la puerta en las narices.

Kyle parpadeó, en eso tenía razón. Si Mimi lo hubiera oído, Maxie tendría que estar calmando ahora los sentimientos heridos de una niña. Se sintió fatal.

—¿Max? —dijo ante la puerta—. Yo…

—Vete, Kyle. Me estoy vistiendo.

Kyle se miró la toalla que lo tapaba y volvió al cuarto de baño y se puso los vaqueros. No podía dejar aquello así. La tenía atrapada y no lo podía ignorar más.

—Max, lo siento.

No hubo respuesta y empezó a aporrear la puerta.

—Abre.

—¿O qué? ¿La derribarás de una patada y volverás a insultarme a mí y a mi hija?

—Vamos, Maxie. Ya sabes que no he querido hacerlo. Me has pillado con la guardia baja. ¡Por una vez deja de tomar el camino fácil y habla conmigo!

Unos segundos más tarde, la puerta se abrió.

—Maldito seas, Kyle. No tienes derecho a decirme esas cosas.

Sus ojos llorosos suavizaron su ira.

—Nos íbamos a casar. Eso me da…

—Eso, nos íbamos a casar. Pasado. Y un compromiso de hace siete años no te da ningún derecho, ¡mucho menos el de cuestionar mi vida presente!

Él la tomó entonces la mano y la apretó contra su pecho.

—¡Yo te amaba, maldita sea!

Maxie trató de soltarse, pero él la abrazó fuertemente.

—Yo te amaba —repitió él mirándola a la cara.

El corazón se le subió a ella a la garganta. Seguía diciéndolo con convicción, con esa misma mirada posesiva y pensó en todo el dolor que él tenía derecho a sentir, entonces y ahora.

—Lo sé. Yo también creía que te amaba.

La expresión de él fue como una herida abierta y sangrante. ¿Cuánto había sufrido por ella? Eso la hizo darse cuenta de lo fácilmente que podía debilitarse de nuevo por él. Ella no había sido buena para él entonces y no lo era ahora. Y, por su hija, tenía que hacerlo ver que habían terminado hacía años.

De repente se apartó de sus brazos.

—¿Has mantenido el celibato desde que nos acostamos la última vez?

—Por supuesto que no.

—Entonces, no te esperes que yo lo haya hecho tampoco. No es cosa tuya lo que yo hice después de que nos separáramos, Kyle. Como tampoco es cosa mía lo que tú hayas hecho.

Kyle se había pasado dieciocho meses en un desierto sin importarle nada si le pegaban un tiro, mientras ella andaba por ahí acostándose con quien quisiera.

—Sí, eso es cierto —respondió él sonriendo fríamente.

—Esto no tiene nada que ver con mi hija ni con tu corazón roto. Tiene que ver con tu orgullo herido. Sigues enfadado porque te dejé plantado en la iglesia.

—Tienes mucha razón en decir que estoy enfadado. Yo estaba allí, en esa iglesia, vestido de gala, con un estúpido ramo de flores en la mano y un anillo en el bolsillo que me había costado la paga de dos meses, esperándote. Y esperé —dijo él avanzando y obligándola a retroceder al interior de su dormitorio—. Pero cuando tus padres llegaron sin ti, supe que algo iba mal. Me sentí como un marine idiota y enamorado. No paraba de decirme que tú no me harías eso a mí. Que no me harías estar pensando si habrías sufrido un accidente y estarías herida en algún sitio. ¡Pensaba, estaba seguro de que me amabas! ¡Pero no te importaba nada!

—¡Eso no es cierto! —gritó ella.

Kyle la agarró por los brazos y la atrajo de nuevo hacia él.

—¿No lo es? Fuiste una cobarde al huir, demasiado gallina como para aparecer y enfrentarte a mí, para desearme buena suerte o algo así. ¡Me humillaste completamente! Fuiste una egois…

—Tienes razón.

Kyle parpadeó.

—¿Qué?

—Y te debo una disculpa.

Kyle la soltó entonces y le dijo sarcásticamente:

—Dilo otra vez.

—Quiero disculparme. Abandonarte de esa manera fue algo cruel e inmaduro por mi parte, sobre todo cuando tú te ibas a ir a la guerra. Yo debería haber demostrado algo de madurez e ir a verte. Pero no era madura, tenía miedo, me sentía apresurada y sabía que, si te veía… No te habría dicho lo que tenía que decirte y habríamos seguido con la mentira.

—No era una mentira. ¡Yo estaba enamorado de ti!

—Si tanto me amabas, ¿por qué no respondiste a mis cartas? ¿Por qué no me llamaste?

—Estaba dolido. Tú sabes que me estaba lamiendo las heridas por aquel entonces.

—Tú no quisiste saber nada de mí. Ni siquiera trataste de localizarme cuando volviste. Por lo que tú sabías, me podía estar

muriendo. ¿Es así como trata un hombre a una mujer a la que dice que ama?

Kyle no quiso oír la verdad de esas palabras, sobre todo después de tanto tiempo. Además, parecía que el que la había dejado era él y ella quien se había ido a la guerra.

—Yo estaba dispuesto a casarme contigo —dijo.

—Pero yo no. No entonces y con tantas prisas. Traté de hablar contigo unos días antes, Kyle. Pero cada vez que te decía que esperáramos a que volvieras, o me besabas, o hacíamos el amor o te reías de mí; hacías cualquier cosa menos escucharme.

—Pero nos iba bien juntos, podíamos haberlo hecho funcionar. Me gustaba como nos divertíamos, y creo recordar que a ti también.

—Claro que sí. Pero tú eras demasiado irresponsable para ser un hombre que insistía en estar dispuesto a sentar la cabeza. Vivías en barracones y comías el rancho de la tropa, pero siempre te quedabas sin dinero nada más cobrar. Arriesgabas la vida intencionadamente de forma habitual. A veces era peligroso estar contigo. Pero podías convencerme para que hiciera cualquier cosa.

—¿Y te arrepientes de todo ello?

—No, no —dijo ella sonriendo tristemente—. Pero me daba miedo cada vez que corrías con los coches, cuando saltabas en paracaídas o escalabas, eso por no mencionar ese accidente que tuviste que casi te costó una pierna. Ése no es el comportamiento de un hombre dispuesto a la estabilidad.

—Yo estaba dispuesto a dejar esa forma de vida. Aunque no me creyeras, estaba dispuesto a hacerlo entonces.

—Tienes razón, no te creí.

El rostro de él mostró todo el dolor que sentía y ella trató desesperadamente de explicarse.

—Pero no lo dije, no porque no estuviera segura de ti, Kyle, sino porque no lo estaba de mí. No te dejé. Nos dejé. Yo estaba enamorada de la idea del matrimonio, de tener lo que yo quería. No sé si entonces estábamos verdaderamente enamorados, pero sé que era más que nada lujuria. Y no sé si hubiera durado más allá de la guerra.

El rostro de él se tensó y apartó la mirada. ¿Cuántas veces se había preguntado cómo habría sido si se hubieran casado?

—Tal vez habría durado si nos hubieras dado la oportunidad.

—Tal vez sí, tal vez no. Pero durante esas semanas estábamos muy confundidos. Tú te ibas a ir a la guerra al cabo de pocas horas y querías que alguien te echara de menos. No tenías familia, salvo a Mitch. Si te hubieras casado, habrías tenido a una esposa que te echaría de menos.

Un músculo le tembló a él en la barbilla y Maxie continuó.

—Me puedes insultar un poco más, si eso te hace sentirte mejor.

Kyle suspiró entonces largamente y ella añadió:

—Lo siento, Kyle.

—Ya lo veo.

Le tembló el labio inferior y él gimió y la abrazó. Ella apoyó entonces la mejilla en su pecho desnudo, rodeándole la cintura con los brazos.

—No quise romperte el corazón —susurró—. Tienes que saberlo.

Entonces se le escapó un sollozo.

Kyle cerró los ojos para que no se le escaparan las lágrimas a él también. Nunca se había parado a pensar en lo duro que debía haber sido aquello para ella.

—Creo que lo sé.

Luego le tomó el rostro entre las manos y la hizo mirarlo.

—¿Significa eso que me echaste de menos?

Aún no se podía creer que ella no lo hubiera amado nunca. Masoquista que era.

Ella sonrió débilmente y, pensando en lo mucho que había pensado en él el día que nació Mimi, respondió:

—Sí.

Él no dijo nada por un momento.

—¿Podríamos empezar de nuevo con esta reunión? —le preguntó entonces.

Ella se apartó inmediatamente de su lado y se enjugó las lágrimas.

—No estoy segura de lo que quieres decir.

Le resultó sorprendente lo rápidamente que ella se había puesto en guardia, así que le puso una mano en el hombro y le dijo:

—Hola, Max. Me alegro de volverte a ver.

Ella sonrió y algunas lágrimas siguieron manando.

—Hola, Kyle. Yo también me alegro de verte.

Él la recorrió entonces con la mirada.

—Estás preciosa, chica.

Maxie se ruborizó y lo recorrió también con la mirada antes de que ambas se encontraran.

—Tú también.

—Tengo frío.

Ella se rió.

—Teniendo en cuenta que estás semidesnudo…

De repente él la tomó por la cintura y la abrazó.

—¿Quieres que nos desnudemos por completo?

Maxie le empujó por el pecho, tratando de mostrar algo de ira, pero no pudo. Los oscuros ojos de él brillaban maliciosamente.

Entonces Kyle la besó fuertemente y, cuando la soltó, ella cayó sobre la cama.

Maxie parpadeó, esperando que siguiera adelante, pero él retrocedió hacia la puerta.

—Kyle…

—Sí —dijo él sin volverse—. Eso ha estado mucho mejor.

Luego se marchó.

Maxie se tumbó en la cama con el corazón latiéndole fuertemente, tanto por el beso como por el torbellino emocional que había pasado durante la última media hora. Cerró los ojos. Había vislumbrado al hombre que conocía, al divertido amante que era él, que era capaz de hacer el amor con ella en cualquier sitio y que le regalaba los juguetes que salen en los chicles, envueltos como si fueran joyas. Unos regalos que ella seguía conservando en lo alto de su armario. El hombre por el que había desafiado la prohibición de su padre de que lo siguiera viendo. Muy bien, pensó. Habían aclarado la atmósfera de alguna manera. Pero eso no significaba que todo fuera ahora sobre ruedas. Mientras él estuviera allí no podía bajar la guardia. No podía permitirse que descubriera su secreto.

Él era el padre biológico de Mimi y nada más. Nunca había querido tener hijos. De hecho, ésa era una de las cosas sobre las que habían discutido cuando él le propuso matrimonio. Y no tenía ninguna razón para pensar que ahora fuera más receptivo a la idea. Ella había sido madre y padre para Mimi y ahora ella era una niña saludable y feliz y se cuidaría de que siguiera siendo así.

No importaba que las rodillas le temblaran cada vez que él la

tocara, ni que hubiera disfrutado de esos besos más que de cualquier otro en los últimos siete años. Mimi era lo primero y Maxie no confiaba lo suficiente en ella misma ni en sus sentimientos o buen juicio.

Y menos en él.

Más tarde, Maxie salió de su habitación y se dirigió a la cocina. Kyle la siguió.

—¿Tienes hambre?

—Podría comer algo —respondió él sin dejar de mirarla intensamente.

Ella avanzó manteniéndole la mirada.

—¿Qué dirías si hiciera algo de comer? ¿Eh?

Mientras Maxie buscaba en el frigorífico trató de ignorar su mirada clavada en la espalda. Luego preparó café, puso música y lo llevó todo al salón. Con Chopin de música de fondo le indicó que se sirviera él mismo y ella se instaló en un sillón detrás del escritorio. La música le relajó los nervios mientras trabajaba con los papeles. Poco después lo miró. Él estaba cerca de la chimenea, observándola mientras se comía una manzana.

—¿Qué pasa? —le preguntó nerviosamente.

—No recordaba que tuvieras tanto apetito.

Ella miró el plato que había terminado mientras trabajaba.

—Tampoco trabajaba tanto como lo hago ahora.

—¿Qué te hizo dedicarte a criar caballos?

—Conseguí barato este rancho y, lo único que sé hacer realmente bien es trabajar con los caballos.

—Eso es una tontería —respondió él tirando el corazón de la manzana a la chimenea.

—¿Lo es? Tardé cinco años en terminar el instituto.

—Creo que yo contribuí en algo a eso.

—Supongo, pero con unas hermanas tan buenas en los estudios, yo fui casi un fallo completo.

A Kyle no le gustó que pensara eso de sí misma.

—Tardar tanto en terminar el instituto no es un crimen, Max.

—No, pero casarme y divorciarme en menos de un año tampoco es que sea un récord de éxitos.

Él trató de no mostrar su sorpresa. ¡Se había casado! Supuso que con el padre de Mimi.

—Siempre supe que eras una rompecorazones.

Maxie se puso pálida, preguntándose que habría detrás de la sonrisa de él y deseando haberle dicho eso con un poco más de tacto.

—Olvida que te lo he dicho.

Luego se levantó a por una taza de café.

Kyle la vio marcharse en silencio. Estaban teniendo una conversación educada y él lo quería así. Pero aún así, se preguntó por ese matrimonio, por a quién habría ella amado lo suficiente como para llegar a casarse y cómo habría terminado.

Ella volvió con una cafetera y dos tazas, le ofreció una y se la llenó.

—Me estabas contando por qué te has dedicado a criar caballos.

—Ah, sí. Bueno, mis hermanas Mia y Mariah no se podían ni acercar a los caballos de mi padre y, a mí se me daba bien tratar con ellos —respondió ella sentándose de nuevo donde antes—. Mi padre me dio dos de sus potros y, cuando pude comprar este sitio, lo hice. Empecé con ese par de potros y ahora nos va bastante bien.

Él pensó que se estaba refiriendo a Mimi y a ella. A nadie más.

—Es mucho trabajo. ¿Te ayuda alguien?

La sonrisa de ella le afectó tremendamente.

—Mimi lo hace a veces, pero no me puedo permitir contratar a alguien para que me ayude. Además, prefiero trabajar sola. Me encanta. Es más relajado trabajar con las manos —dijo ella haciendo una mueca de dolor—. Y con las piernas y la espalda.

—Pero tu hija no debe ser de mucha ayuda.

Maxie se encogió de hombros.

—No importa. Me gusta tenerla cerca.

Lo necesitaba.

—¿Puedo echarte una mano mientras esté por aquí?

—No —respondió ella casi gritando—. No, gracias. No lo necesito. Me las puedo arreglar.

Como tampoco lo había necesitado antes, pensó Kyle, pero no lo dijo. Estaba cansado de luchar con ella. Y sabía que era su culpa el que siguiera existiendo esa tensión entre ellos.

—¿Qué es eso?

—Tarta de chocolate y moka.

Él la siguió con la boca hecha agua y, de nuevo en el salón, se

sentó en el sofá, impaciente por que le pusiera delante el plato.

—¿La has hecho tú?

—Sí. Rara vez tengo tiempo para hacer de cocinera. Así que agradécelo.

—Lo agradezco, lo agradezco —respondió él al tiempo que le daba un buen bocado.

Maxie se sentó en el sofá y lo observó mientras comía, le ofreció más y sonrió cuando él se comió otro trozo.

—Terrible —dijo él al cabo de un momento—. Lo necesitaba.

Maxie sonrió lentamente.

—Siempre te puedes llevar un trozo.

Kyle le devolvió la sonrisa. El fuego chisporroteó y la habitación pareció empequeñecerse a su alrededor. Maxie se levantó entonces a toda prisa para fregar los platos, pero él la agarró de la mano.

—Tú has hecho la cena. Deja que, por lo menos, yo me ocupe de los cacharros.

Ella miró esa mano y sintió el calor de sus dedos, el calor que siempre generaban y que crecía por momentos. Por un momento no pudo soltarse y lo miró. Retrocedió instintivamente, pero él no la soltó. Le pasó un brazo por la cintura y la acercó a su cuerpo.

—Kyle, no hagas esto de nuevo —dijo casi gritando y empujándole el pecho.

No la soltó.

—Sé lo que estás pensando —murmuró él acariciándole la espalda.

—¿Sí?

—Estás preguntándote si esto es real o sólo unos recuerdos. Te estás preguntando si ese beso en el establo fue solo una ira antigua o unos sentimientos que no han muerto.

Ella abrió mucho los ojos.

—Han muerto.

—Mentirosa.

Los labios de él se acercaron a los suyos repentinamente. El contacto lo sintió hasta en los dedos de los pies, la sensación le recorrió el cuerpo con una rapidez sorprendente.

«Oh, Kyle», pensó.

Trató de resistirse, de permanecer quieta, pero ese beso fue oscuro y pesado, tan desesperado como solo lo había sentido una

vez anteriormente, antes de que se fuera a la guerra. La noche en que él le había dado a su hija. Los viejos recuerdos la asaltaron, la ansiedad que había sentido entonces, la pena de pensar que lo podía perder, el dolor que nunca quiso darle. Así que se agarró fieramente a él, le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra su cuerpo. Kyle respondió al abrazo y eso la hizo marearse. Le recorrió los labios con la lengua antes de hundirse profundamente en el interior de su boca. Entonces Maxie supo que estaba metiéndose en problemas.

Susurró suavemente, apretándose contra él y a Kyle le fallaron las rodillas, su cuerpo estaba en llamas por ella. Maxie no podía ignorarlo, pensó, y deseó más. Más de esa Maxie, la mujer más *sexy* que había conocido en toda su vida.

Deseó estar más cerca, desnudos. Le puso las manos en el trasero y la apretó más todavía contra su cuerpo.

Maxie pensó que aquello era una locura al sentir su excitación contra ella y trató de apartarse un poco. Pero él no dejó de besarla de una manera primitiva y carnal, haciéndola olvidarse de todas sus objeciones y racionalizaciones.

Ella entonces levantó la cabeza para que Kyle le pudiera besar mejor el cuello.

La lengua de él la acarició y saboreó y deseó quitarse los vaqueros y tomarla allí mismo. Se había mentido a sí mismo sobre no pensar en ella durante todos esos años. Se había imaginado ese momento demasiadas veces. ¿Habría ella pensado así en él desde que se separaron? Seguramente no. Pero ahora sí.

La bata de ella estaba abierta y le abarcó uno de sus senos desnudos con la mano, acariciándole el pezón. Había pasado tanto tiempo, pensó Maxie mientras él le metía la otra mano por dentro del elástico de las bragas y se la apoyaba en el trasero. Su cuerpo se estremeció y se volvió todo calor líquido. Aquello era insoportable.

—Mira, Max. Es real, no un recuerdo —susurró él antes de volver a besarla.

Ella se apartó de repente y lo miró por un momento antes de apartarse de sus brazos.

—Esto está mal, realmente ha sido una locura —dijo para sí misma.

—Nada tan bueno puede estar mal, Max.

Entonces él se acercó de nuevo, pero ella interpuso sus manos entre ambos y lo miró a los ojos. Vio entonces que la pasión que los había consumido hacía un momento, se esfumaba rápidamente. No podía permitirse que eso volviera a suceder. El futuro de Mimi estaba en que ella pudiera controlar sus emociones. Permitir que él se metiera en sus vidas sólo serviría para crear más dolor al final.

—Ya sabía yo que esto iba a suceder estando tú en esta casa —dijo.

Kyle se cruzó de brazos. Apenas podía permanecer en pie.

—¿Quieres que me marche?

—¿Lo harías?

A él no le gustó nada lo mucho que parecía atraerle a ella esa posibilidad.

—Sí, si no lo puedes soportar.

—Yo puedo soportar cualquier cosa, Kyle. Incluyéndote a ti. Pero hazme el favor de no volver a tocarme. Nunca.

Maxie se volvió entonces y se marchó, dejando a Kyle en el vacío salón, con el cuerpo temblándole por el feroz deseo de tomarla y llevársela a la cama más cercana y hacerle el amor salvajemente, hasta que le suplicara que parara, o la de sujetarla contra la pared y sacarle algunas respuestas. Tales como, ¿por qué sentía que la única vez que creía estar viendo a la verdadera Maxie fue cuando se estaba derritiendo en sus brazos?

Capítulo 5

Al día siguiente, por la tarde, Kyle, estaba volando bajo por los bordes del cañón cuando la vio, al galope, casi al borde del cañón. La siguió a treinta metros por encima, sin dejar de mirar a la mujer en la que llevaba pensando todo el día. Había terminado su vuelo de rutina un par de horas después de que la dejara esa mañana, pero se ofreció a llevar algunas cosas a los refugios y demás. Así los demás miembros del equipo podrían descansar un poco y él podría dejar de pensar en Maxie. Pero no le había servido de mucho, pensó. Entonces maldijo ferozmente cuando vio los hilos del tendido telefónico demasiado cerca y tiró de la palanca haciendo que el helicóptero elevara el morro violentamente. Luego el aparato se deslizó de lado hasta que casi tocó el suelo con las aspas, levantando una tremenda polvareda.

Por fin se elevó y miró hacia abajo por la ventanilla del suelo de la cabina. Ella se había detenido y agitó la cabeza antes de volver a dirigirse hacia los establos. Kyle pensó que ahora sí que se había portado como un idiota inepto.

Cuando aterrizó, bajó del helicóptero con los brazos llenos por la compra que había hecho y se dirigió hacia la casa.

Maxie llegó entonces y refrenó al caballo a su lado.

—Una técnica muy poco habitual de aproximación, Hayden. ¿Te la enseñaron los marines? —bromeó ella.

Pero esa pequeña demostración le había demostrado que él no había cambiado. El peligro seguía siendo parte de él.

Kyle la miró, culpándola por esa descuidada forma de volar.

—Esta noche cocinaré yo —gruñó.
—Hey…
Kyle se detuvo en el porche y la miró por encima del hombro.
—¿Estás bien?
Entonces él se volvió y la miró.
—Sí, lo estoy —mintió y pensó que ella no lo creía.
Deseó decirle que casi se había estrellado por mirarla. También que la deseaba tanto que no se podía concentrar y que trabajar hasta el agotamiento no le había servido de nada, pero no dijo nada.
—Ahora, me voy a hacer la cena. Y me apartaré de ti, como quieres.
Ella se encogió de hombros, preguntándose qué sería lo que realmente le pasaba a Kyle.
—Bueno —dijo levantándose sobre los estribos para ver lo que llevaba en las bolsas—. ¿Qué nos vas a hacer?
—Manicotti relleno de espinacas y salsa siciliana.
—¿De verdad? —le preguntó ella realmente sorprendida.
La sonrisa de ella logró que el humor de Kyle se suavizara un poco.
—Sí. Tardaré una hora o así.
Maxie miró su reloj.
—Creo que es posible que, para entonces, haya terminado.
Kyle sonrió levemente antes de que ella desmontara y luego entrara en la casa. Magnífico. Se había vuelto a poner en la línea de fuego de nuevo. La única explicación que se le ocurrió fue que se había vuelto estúpido.
Hora y media más tarde, Maxie se sentó en el sofá, estaba llena.
—Eso sí que es cocinar —dijo—. ¿Te sientes más relajado ahora?
—Yo no estaba… Bueno, sí que estaba un poco tenso.
—Me gustan los hombres que admiten la derrota antes incluso de que empiece la pelea.
Kyle trató de permanecer despierto.
—Tal vez necesites una carrera de coches o algo así —añadió ella al verlo casi dormido.
—No, sólo dormir. Ya soy demasiado viejo para arriesgarme de esa manera.
Entonces sonó el teléfono y fue él quien contestó.

—¿Sí?
—¿Es el Rancho Wind Dancer? —preguntó una vocecilla.
—Sí.
Kyle supo inmediatamente con quien estaba hablando.
—¿Dónde está mi mamá? —dijo la niña con voz aterrorizada.
—Aquí mismo. Espera un momento.
Luego se volvió a Maxie y le dijo:
—Tu hija.
—Gracias —respondió ella tomando el teléfono y saludó a su hija—. Hola. ¿Cómo te ha ido el día?
Kyle sólo oyó lo que Maxie decía en esa conversación y no pudo evitar darse cuenta de que se tensó un poco. Entonces, de repente, sus miradas se encontraron.
—Es grande y alto, con el cabello y los ojos oscuros.
Kyle se ruborizó un poco y luego susurró:
—No le has dicho que soy un magnífico piloto.
Maxie hizo girar los ojos en sus órbitas y tapó un momento el auricular.
—¿Un magnífico piloto? ¿Después de lo que has hecho hoy? ¿No estarás exagerando un poco?
Luego volvió a hablar con su hija.
—Sí, lo conocerás mañana, si está por aquí.
Kyle se levantó y miró a Maxie, ella le mantuvo la mirada mientras seguía hablando.
—Yo también te quiero, princesa. Te veré por la mañana.
Maxie colgó y volvió a sentarse en el sofá.
—Me ha dicho que ha comido demasiado algodón de azúcar hoy —dijo frotándose los ojos.
—Es tarde. Yo lavaré los platos. Vete a dormir, Max.
Max. Kyle era el único que la llamaba así.
Ella sonrió levemente y Kyle se levantó.
—Gracias por la cena, Kyle.
—De nada.
Mientras salía de la habitación, Kyle no dejaba de pensar en esa vocecilla que había oído por el teléfono.
Le resultaba algo conocido. Era como la suya cuando su madre los abandonó.
Al día siguiente, después del almuerzo, Kyle salió de la cocina y

se tuvo que apartar rápidamente cuando un torpedo pelirrojo pasó corriendo a su lado.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ya estoy aquí! —gritó la niña tirando al suelo su mochila y la chaqueta.

Maxie corrió también hacia ella y se abrazaron fuertemente. La niña la llenó de besos y viceversa.

—¿Me quieres? —le preguntó Maxie.

—¡Sí! —respondió Mimi rodeándole el cuello con los brazos.

Kyle se apoyó en la pared. El aspecto del rostro de Maxie le afectó. Aquél era un amor puro e incondicional.

Una madre.

El parecido de las dos era evidente. Cabello rojo, ojos verdes, rasgos finos.

Maxie dejó a Mimi en el suelo y gimió.

—¡Cielo santo, pesas mucho!

—He comido mucho.

—Ya me imagino.

Entonces se encontró con la mirada pensativa de Kyle y el pánico se apoderó de ella. ¿En qué estaba pensando?, ¿se veía a sí mismo en Mimi? ¿Se había dado cuenta de que la niña tenía su misma boca y de que sonreía como él?

Entonces sonó un claxon, así que salió a la puerta y se despidió con la mano de Gina.

Kyle no podía dejar de mirar a la niña. Era la viva imagen de Maxie en pequeño. Tenía la nariz llena de pecas y unos vividos ojos verdes que le produjeron un nudo en el estómago.

La niña se le acercó, puso los brazos en jarras y lo miró a los ojos.

—¿Quién eres tú?

—¡Mimi Anne! Eso es de mala educación —le dijo su madre cuando cerró la puerta—. Se supone que, primero te tienes que presentar tú.

Mimi se ruborizó, se miró los pies, calzados con botas de vaquero y murmuró:

—Sí, mamá —dijo y lo miró de nuevo a los ojos—. Hola, yo soy Mimi Parrish.

Entonces le ofreció la mano.

Kyle se la aceptó.

—Un placer, señorita Parrish. Yo soy Kyle Hayden.

Algo brilló entonces en los ojos de la pequeña.

—Encantada de conocerlo, señor.

Entonces se volvió a su madre y añadió:

—Tenías razón, mamá. Es grande.

Maxie sonrió y la vista se le nubló por las lágrimas. ¿Cuántas veces se había imaginado ese momento y cuántas había deseado que no llegara nunca?

—¿Te parece mejor así? —le preguntó Kyle poniéndose en cuclillas.

—No, sigues siendo grande.

—¿Te doy miedo?

Kyle siempre había pensado que se lo daba a los niños.

—No. Elvis es más grande todavía que tú y no le tengo miedo.

Kyle miró a Maxie.

—¿Elvis?

—El caballo, tonto —respondió la niña y él se dio cuenta de que le había molestado que no se lo preguntara directamente a ella.

—Oh, perdone, señorita.

Mimi sonrió, mostrando que le faltaba un diente. Kyle le devolvió la sonrisa. Pensó que, cuando fuera mayor, sería una rompecorazones.

Maxie pensó que la compostura le iba a fallar en cualquier momento. Verlos juntos era suficiente como para que se le debilitaran las rodillas.

—¿Quieres montar, Mimi? —le dijo pensando que tenía que salir de allí.

—¡Muy bien! ¿Sola?

—De eso nada. Conmigo.

Tomó su chaqueta antes de recoger lo que Mimi había dejado en el suelo.

Mimi le dio la mano y, ya estaba en la puerta cuando miró de nuevo a Kyle y le dijo:

—¿No vienes tú?

Kyle miró brevemente a Maxie cuando ella se ponía su sombrero, tratando de leer su expresión. Pero no pudo.

—Tal vez más tarde.

Mimi miró a su madre.

—Pero si Kyle monta uno, tú no tendrás que ejercitarlo más tarde, mamá.

La lógica de la niña era aplastante, pensó Kyle incorporándose.

—Muy bien —dijo Maxie sin querer discutir con su hija y miró a Kyle—. Yo los ensillaré. Toma la emisora portátil, está sobre la mesa. Por si te necesitan los del servicio de rescate.

Kyle asintió y las dos salieron de la casa. Las vio alejarse desde la puerta, como Maxie le abrochaba la chaqueta a su hija y le ponía bien el sombrero de vaquero. No pudo evitar darse cuenta de lo mucho que quería a su hija. Corrieron juntas y riendo hasta el establo y vio lo distinta que estaba ella de como había estado esos dos últimos días. Toda la tensión había desaparecido en ella desde el momento en que Mimi había hecho acto de presencia. Era como si hubiera estado esperando impacientemente a mostrar el amor que le negaba a él. Nunca antes había visto el amor así y lo hizo desearlo.

Media hora más tarde, galopaban por el campo y Mimi le gritaba a su madre para que aceleraran el paso.

Kyle apenas podía mantener la respiración.

No por el ejercicio, sino por verlas juntas. La pequeña iba en el mismo caballo que su madre, delante de ella y sujeta al pomo, pero Maxie casi iba de pie sobre los estribos, Kyle la trató de adelantar y ella lo miró sonriendo. Luego se fijó en el poste que se habían marcado como meta. Kyle le clavó los tacones al caballo, aún sabiendo que era inútil. Ella montaba mucho mejor que él.

Cuando él llegó por fin, Maxie ya había puesto al paso al caballo.

—¡Hemos ganado! —gritó Mimi agitando los brazos.

—Mimi, sé buena deportista…

—Vamos, déjala que gane, Max. Os lo merecéis. Chica, sois rápidas —dijo él.

—Cuestión de práctica —respondió Maxie encogiéndose de hombros.

Maxie le preguntó entonces a su hija cómo había pasado el fin de semana y la niña empezó a hablar incansablemente hasta que volvieron a los establos y desmontaron.

Kyle gimió y se estiró la espalda.

—¿Te duele el trasero?

Maxie miró a su hija aparentando indignación por esa forma de hablar mientras desensillaba a uno de los caballos.

—Sí, me duele —respondió Kyle sonriendo—. ¿A ti no?

—No.

—Mimi…

—Quiero decir, no, señor. Estoy acostumbrada.

La niña se puso entonces a abrevar a los caballos. Kyle la observó y desensilló a su caballo.

—Es preciosa, Max —le dijo a Maxie.

—Gracias. A mí me gusta.

—¿Son todos los niños así?

—¿Te refieres a si lo son constantemente?

—No, tan adultos.

Maxie se encogió de hombros y metió su caballo en el establo. No quería que Kyle se hiciera a la idea de la edad de Mimi, aunque Mimi era pequeña para tener seis años. Había dado por hecho que él pensaba que su ex marido era el padre de Mimi y eso le parecía la red de seguridad que necesitaba. Kyle se marcharía pronto y ella necesitaba mantener la vida de Mimi dentro de la normalidad.

—Nunca he tratado mucho con niños —le estaba diciendo él.

Se le notaba un cierto temor en la voz y eso la sorprendió.

—Lo estás haciendo bien. Solo no la trates demasiado infantilmente. Es lista y no le gusta que la gente se ponga tonta con ella. Además, te advierto que tiene muy mal humor.

—¿Como madre e hija, eh?

—¡Yo no tengo mal humor!

Kyle arqueó una ceja y ella sonrió y agitó la cabeza.

Entonces se les acercó Mimi y dijo:

—Dame el cepillo, mamá.

Kyle sonrió.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias, es mi trabajo —respondió la niña muy orgullosa.

Mientras la observaba trabajando, Kyle no tuvo más remedio que sentir celos de la amistad evidente que se tenían madre e hija.

Capítulo 6

A la mañana siguiente, Kyle se afeitó y se dio una ducha rápida. Cuando llegó a la cocina, Mimi ya estaba desayunando y la música sonaba a todo volumen.

Maxie iba de aquí para allá, alegremente. Tanto que Kyle pensó que cómo era posible que alguien estuviera de tan buen humor a esas horas de la mañana.

Tenía la respuesta delante: su hija.

Aquélla era la antigua Maxie, la que no había visto desde su llegada allí.

—¡Kyle! ¡El desayuno está listo! —gritó ella sin verlo.

—Vaya, Max…

Ella se volvió, sorprendida.

—Puedes gritar más alto. No te han oído en California —dijo él.

Mimi se rió y Kyle le dedicó un guiño.

Maxie le señaló la silla con la espumadera que tenía en la mano.

—Siéntate y come.

Kyle lo hizo y le susurró a Mimi:

—¿Es siempre tan mandona?

—Siempre —respondió Mimi haciendo girar los ojos.

Kyle pensó que lo hacía igual que su madre.

Maxie le puso entonces un plato delante y él lo miro sorprendido.

—¿Es que va a venir a desayunar un batallón?

—Ja, ja. Te he visto comerte más del doble que eso.

—Sí, pero tenía veintitrés años y estaba tratando de

impresionarte.

Los dos intercambiaron una sonrisa.

—¿Todas las salvajadas que hacías eran también para impresionarme?

Kyle la recorrió con la mirada y Maxie sintió como si la acariciara.

—¿A qué salvajadas te refieres? ¿A saltar en paracaídas o a… la cascada en Encinada?

Maxie tragó saliva y se ruborizó profundamente cuando recordó a los dos haciendo el amor locamente bajo esa cascada en México a plena luz del día.

—Vaya —dijo él—. Así que te dejé por lo menos una impresión…

Era cierto, pensó ella, y tampoco necesitaba de mucho para recordarla.

—Debe haber sido cosa de la excitación del momento —respondió volviendo a la pila.

Allí lo oyó atragantarse.

—¿Desde hace cuánto que conoces a mi mamá? —preguntó Mimi.

Maxie se tensó y Kyle se dio cuenta, pero siguió con el desayuno.

—Hace mucho. Entonces ella llevaba el cabello largo.

—¿Y qué más?

Kyle masticó y se lo pensó.

—Veamos… Tenía unas piernas muy bonitas y siempre iba maquillada.

Mimi abrió mucho los ojos y miró a su madre y luego a Kyle.

—¿Maquillada? ¿Mi mamá?

Kyle asintió, vio que Maxie se agitaba y disfrutó con ello.

—¿Qué más?

La mirada de él se encontró entonces con la de Maxie.

—Le gustaban las cosas de terciopelo, el chocolate y la langosta. E ir en el sillín trasero de mi moto. Tenía un lunar en el tobillo con forma de lágrima… y ronroneaba cuando le hacía cosquillas en los pies. Y no le gustaban nada los bichos.

Mimi sonrió.

—Y siguen sin gustarle, pero le gustan las orugas.

—¿Por qué crees que puede ser eso?

Mimi siguió hablando mientras comía.

—Porque se vuelven mariposas y las mariposas no son repugnantes.

Kyle se rió.

—Muy bien, vosotros, ya está bien de charla. Mimi, come con la boca cerrada y termina ya. Kyle… Bueno, sólo termina.

—Sí, señora —respondió él marcialmente y sonrió.

Luego Maxie se sentó delante de él a desayunar y a Kyle le resultó muy duro dejar de mirarla, a pesar de que el recuerdo de la forma en que lo había dejado hacía siete años seguía siendo como una dolorosa herida en su alma, a pesar de que le estaba gustando estar en compañía de ella y de su hija.

Maxie comió tratando de ignorarlo, pero también le resultó casi imposible. Estaba magnífico y no le ayudaba mucho el que, al parecer, también le gustara a su hija. Pero claro, a Mimi le gustaba todo el mundo, pensó. Pensó también en lo que él diría o haría si supiera que había estado desayunando con su propia hija. Y ni se paró a pensar en cómo se podría sentir Mimi si se diera cuenta de que su padre estaba en casa. En el pasado, Mimi le había preguntado incontables veces dónde estaba su padre y Maxie había sido tan sincera con ella como había podido. Le había dicho que su padre no estaba cuando ella había nacido y que no sabía que ella existía. Mimi sabía que ella lo había amado lo suficiente como para crearla a ella, pero no tanto como para seguir con él. Incluso siendo tan pequeña, su hija estaba contenta por saber que ella no era la razón para que su padre no estuviera junto a ellas, que era su madre la que no había querido que estuviera. Siempre había sido un tema delicado y, bastante complicado, pero como toda la familia se había volcado con la niña, Maxie no creía que echara de menos algo que no había tenido nunca. Y su ex marido, Cari, bueno, eso había sido hacía tres años y el recuerdo que Mimi tenía de él se estaba esfumando. O eso esperaba. Pero una pequeña parte de ella estaba resentida por el hecho de que Kyle no le hubiera preguntado si Mimi era suya.

Lo observó en silencio mientras terminaban de desayunar.

Los pensamientos de Kyle se vieron interrumpidos cuando vio toda una demostración de emociones pasándole por el rostro a

Maxie y estaba a punto de preguntarle qué le pasaba cuando ella miró el reloj.

—Oh, va a llegar tarde —dijo.

Maxie se levantó y llamó a su hija.

Cuando la niña bajó, ya preparada para irse al colegio, le preguntó a Kyle:

—¿Va a estar aquí cuando yo vuelva, señor Hayden?

Kyle asintió sin atreverse a mirar a Maxie.

—Me parece que me quedaré aquí un par de semanas.

—¡Perfecto! —exclamó Mimi sonriendo y a él se le hizo un nudo en la garganta.

Pensó que no es que fuera a ser una rompecorazones, ya lo era.

Sonó entonces un claxon y Maxie se inclinó para darle un beso a su hija.

—Te quiero, princesa.

—Y yo a ti, mamá. Adiós. Ya nos veremos, señor Hayden.

—Ya nos veremos, muchacha.

Ella se rió y corrió afuera, donde la esperaba el autobús escolar.

Cuando Maxie se volvió desde la puerta, se encontró con que él estaba detrás.

—Es una bola de energía —dijo Kyle.

—Pues se ha calmado por ti —respondió ella volviendo dentro —. Normalmente no puedo conseguir que se quede quieta ni para desayunar.

Entonces sonó el teléfono y, después de saludar brevemente, ella se lo pasó a Kyle.

—Es Jackson.

Kyle lo tomó y respondió brevemente. Luego se asomó a la cocina, donde ella estaba recogiendo la mesa.

—Tengo un vuelo.

—¿Un rescate?

—Sí. Un equipo de gente que hace *rafting* tienen problemas en el río —respondió él poniéndose la chaqueta—. No sé cuando volveré…

—No hay problema.

—Trataré de llamarte si veo que voy a tardar —dijo él acercándose unos pasos, casi dejándose llevar por el instinto de besarla.

Pero se detuvo justo a tiempo. Cada vez que la tocaba, ella lo rechazaba y, no estaba dispuesto a destruir esa tregua que parecían haber alcanzado.

Se aclaró la garganta.

—Ah, supongo que te veré más tarde.

Ella lo recorrió con la mirada con el corazón latiéndole fuertemente a causa de su proximidad.

—Aquí estaré.

Cuando él se marchó, Maxie se dijo a sí misma que no había querido besarlo. De verdad que no había querido hacerlo. Pero no terminaba de creérselo.

Cuando ella volvió de la tienda de comestibles, el helicóptero de Kyle ya estaba delante de la casa. No se había imaginado que él hubiera terminado antes de que Mimi volviera del colegio. Con Mimi cerca, la conversación no profundizaba demasiado y su presencia evitaría que Kyle empezara algo que ninguno de los dos tenía derecho a intentar.

¿Por qué?

Una voz insidiosa le preguntó eso en el interior de su cerebro.

Porque ella lo arruinaría, como lo había hecho hacía siete años, pensó.

Cuando terminó de meter las compras en la casa, se quedó quieta mirando a los establos. Luego, decididamente, se dirigió hacia allí.

Una vez dentro exclamó:

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo?

Kyle siguió echando heno en la carretilla.

—Vaya, no creía que tuviera que explicártelo precisamente a ti —respondió sonriendo.

—Se supone que tú no trabajas aquí, Kyle.

Pero él se encogió de hombros.

—Y se supone que no debería tener hambre después de ese desayuno obsceno que me has servido, pero sí que la tengo.

Ella se acercó.

—¡Déjalo ahora mismo!

Kyle siguió echando paletadas de heno y luego la miró.

—Trata de detenerme.

Ella parpadeó.

—¿Perdón?
—Ya me has oído.
—Estás haciendo esto solo para empezar una pelea, ¿no?
—Tú eres la que estás poniéndote guerrera, chica.
—Ya hemos hablado de esto.
—Vamos, Max. Estoy de lo más aburrido. Además, si te ayudo, podrás pasar más tiempo con tu hija cuando vuelva a casa.
Maxie pensó que con eso la tenía en su mano.
Kyle dejó la pala y tomó la carretilla, llevándosela al final del establo, hasta la rampa que había visto que ella usaba para sacar el heno. Cuando terminó, se quitó los guantes y se lavó las manos y la cara en un grifo cercano. Con los ojos cerrados buscó la toalla y Maxie se acercó y le puso una en la mano.
Estaba irritada. Kyle había limpiado todo y sí, eso le daría más tiempo para estar con Mimi, ahora ya no tenía nada que hacer. Y estar con las manos quietas era un problema cuando Kyle estaba cerca.
Se dio la vuelta.
—¿Ya huyes?
—Tengo que meter en casa la compra.
—Gallina.
Maxie se volvió de nuevo, mirándolo airada.
—Tengo que meter la compra en casa.
—No te preocupes. Con este tiempo todo se mantendrá frío.
—Se helará la verdura.
Kyle no dijo nada y se quedó mirándola, lo que la puso nerviosa, además.
—¿Qué pasa?
—Estoy esperando a la próxima excusa que me vas a dar para no estar donde esté yo.
—No estoy dándote excusas.
—No eres una buena mentirosa, Max.
Eso la puso más furiosa todavía.
—Entonces acércate más.
Ella dio un par de pasos.
Kyle agitó la cabeza.
Maxie marchó decidida hasta donde estaba él. Se sintió como una niña enfrentándose al gallito de la clase, pero la cercanía con él

hizo que se le calentara la sangre. O eso o la sensación de anticipación que la invadió cuando él se acercó más todavía y la miró fijamente.

—Estás temblando.

Maxie levantó la barbilla.

—No.

Kyle se rió suavemente.

—¿Y qué demuestra eso?

—Que estás tratando de evitarme por todos los medios.

Ella entornó los párpados.

—Si no es así —insistió él—, entonces vamos a montar un poco.

—A ti no te gusta montar.

—Eso era antes.

¿Qué le estaba diciendo? ¿Que estaba deseando dejar atrás todo lo anterior por algo nuevo? Pero ese pensamiento murió nada más nacer. No estaba dispuesta a causar más daño a nadie.

De repente él la hizo levantar la cabeza y la besó leve y cariñosamente. Notó su reacción de sorpresa, pero la siguió besando sin prisas hasta que ella respondió y se acercó más. Entonces él se apartó y la miró a los ojos.

Le gustó ver que ella tardó un poco en abrirlos.

—Kyle, por favor, no empieces esto —suplicó ella.

—Nunca hemos terminado, Max. Ni tú ni yo lo podemos ignorar.

Sí, ella podía, pero sus defensas no podían hacer nada contra las sonrisas y galanterías de él. Aunque sabía que las consecuencias podían ser demasiado terribles. Dejarlo entrar en su corazón significaba tener que revelarle sus secretos y, de repente, no hacerle daño a él le resultó tan importante como no hacérselo a su hija. Frustrada, se frotó el rostro con las manos y murmuró:

—¿Es que voy a tener que preocuparme también por ti?

Kyle frunció el ceño. Había mucho significado detrás de esas palabras.

—Soy un chico mayor, Max. Puedo soportar todo lo que me des.

Ella lo miró y pensó que se estaba engañando a sí mismo.

—Yo ya no estoy sola, Kyle. Cuando hago una elección no es sólo para mí.

—Y yo no estoy buscando un poco de sexo intrascendente mientras esté aquí, Max. Así que quítate eso de la cabeza. Mimi es

una gran chica, pero no tiene nada que ver con lo que pasa entre nosotros —dijo él acariciándole el cabello.

«Sí que tiene que ver», pensó ella. Cuidar de la felicidad de Mimi había sido lo que la había mantenido apartada de él desde que había llegado. Y eso se estaba transformando rápidamente en la última defensa que le quedaba.

Kyle pensó que ella parecía agotada y se preguntó qué estaría pasando por su cabeza.

—¿Cuándo fue la última vez que pensaste en ti misma? —le preguntó.

—Si no recuerdo mal, tu primer insulto fue decirme que era una egoísta que sólo tenía en cuenta mis propios sentimientos.

—Y yo fui un animal al decirte eso. Pero ahora soy mejor —dijo él volviéndola a besar suavemente.

Ella aceptó el beso durante un par de segundos y luego retrocedió.

—¿De qué tienes miedo?

Ella apartó la mirada y entonces él se percató del brillo de las lágrimas en sus ojos. La expresión de Maxie de repente reflejó tal derrota que le llegó al alma.

—De cometer errores. De arruinar mi vida y la de Mimi… Y la tuya.

—¿Es por eso por lo que te apartas de todo el mundo? Desde que estoy aquí me he dado cuenta de que te has aislado aquí.

—Me gusta la intimidad.

—Eres prácticamente una ermitaña.

—¡Muy bien! ¡Pues lo soy! —exclamó ella tomando una escoba y entró en uno de los establos—. Si es eso lo que he de hacer para proteger a mi hija, entonces eso es lo que haré.

—Ella no está aquí.

Maxie lo miró a los ojos.

—Siempre está aquí, Kyle. Es todo para mí.

«Y también es parte de ti», añadió con el pensamiento.

Kyle entró en ese mismo establo manteniéndole la mirada.

—¿Y hay sitio aquí para mí?

Ella gimió. No quería oír eso.

—Tú no me quieres, Kyle. Sólo lo crees. Es sólo una cuestión de hormonas.

Entonces él estuvo de repente a sólo unos centímetros de ella y la arrinconó contra la pared y Maxie mantuvo las manos contra los costados para evitar tocarlo.

—Ésta es la segunda vez desde que nos conocemos en que has dado por hecho lo que yo quiero, Max —gruñó él con un destello de ira en la voz—. Y esta vez no me vas a quitar la oportunidad de decidir yo.

Eso se parecía demasiado a un reto y ella lo miró a los ojos.

—No te voy a dar ninguna.

—No necesito tu permiso —dijo él metiéndole la rodilla entre los muslos.

El corazón se le subió a la garganta a Maxie.

—No me puedes tener.

—Tener tu cuerpo no ha sido nunca un problema, chica. Pero hace años yo era joven y pensé tontamente que tu corazón iba en el paquete. Ahora soy más sabio —murmuró él besándole el cuello.

Ella cerró los ojos y sus sentidos pidieron más.

—Pero yo no —murmuró ella cuando Kyle le mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Yo no.

—Arriésgate —gruñó él besándola en la boca.

Ese beso no fue como los otros, ya que sólo la tocó con los labios, no la abrazó, sólo la besó una y otra vez, con el cuerpo sólo unos milímetros lejos del suyo.

Maxie estaba perdiendo terreno rápidamente. La determinación de él la asustaba, la forma paciente en que la besaba estaba derritiendo su resistencia. Y todavía no la había tocado. Podía correr, esconderse en la casa hasta que recuperara el control, pero le resultaba imposible moverse. Entonces la lengua de él entró en el juego y ella se agitó ansiando más, la sensación del cuerpo de él contra el suyo y, cuando Kyle se apartó un poco, ella lo siguió sin romper el contacto.

Siguieron besándose con sólo los labios en contacto.

Se le escapó un leve sonido, un gemido, una súplica.

Entonces Maxie le tomó el rostro entre las manos haciéndolo apretarse más contra su boca.

Kyle se perdió entonces. La apretó contra la pared y la rodeó con sus brazos. Maxie gimió de placer, atrapando los muslos entre los de ella.

Kyle sintió como la niebla de la pasión le corría por las venas, aceleraba su respiración y su pulso. Le agarró las caderas, apretándoselas. Ella le lamió los labios y el beso se hizo más pesado.

Y más fuerte.

Las manos de él encontraron el camino por debajo de su camisa y luego bajo el sujetador. Gimió al sentir el delicioso calor de su piel, acariciándole los pezones con los dedos, haciéndolos endurecerse mientras seguía besándola y frotándose contra ella. Y, como siempre, ella cedió y cedió.

Y deseó más. Se sentía *sexy* y adorada cuando la tocaba Kyle, necesitada como mujer, no sólo como ranchera o madre. Eso la hizo apretarse contra él, que le metiera las manos por la cintura de los pantalones. Deseó tocarlo.

—Oh, sí —gimió él apretándose más contra su cuerpo.

Entonces le abrió la chaqueta, lo mismo que la camisa segundos más tarde. Sus labios se posaron en uno de sus desnudos senos, llevándose el pezón a la boca. Maxie echó atrás la cabeza, sujetándolo allí, guiándolo de un seno a otro. Y Kyle lamió y chupó hasta que la tuvo gimiendo como una salvaje. Luego la hizo callar besándola de nuevo.

Antes de que él le quitara los vaqueros, le deslizó dentro la mano y ella se estremeció.

Sus dedos la encontraron y Maxie tragó saliva.

—Estás tan cálida y húmeda por mí… —murmuró Kyle.

—Siempre lo estoy —gimió ella mientras la acariciaba.

La respiración se le hizo entrecortada y apretó los labios cuando Kyle empezó a meter y sacar los dedos.

Pero él conocía a Maxie. Conocía su cuerpo.

Sintió su excitación. El rostro de ella se oscureció, pero no apartó la mirada, aunque tenía los ojos vidriosos. A Kyle le encantaba cuando ella jadeaba como ahora, su mirada orgullosa y sus apresurados movimientos contra él.

Siguió metiendo y sacando los dedos.

—Maxie, querida…

—Kyle… yo…

Pero él pudo sentir la forma en que los músculos de ella se tensaban, la manera en que lo besaba frenéticamente, le agarraba las caderas y tiraba de ellas.

La miró a los ojos.

—Déjate ir, chica. Déjame verlo.

—Pero…

—No tengo nada de protección… Y tú no puedes esperar.

—¡Ya lo sé! —gritó ella y él se rió.

Kyle vio como su pasión estallaba, como el cuerpo de ella rodeaba sus dedos.

—Quiero que esto sea yo, querida. Yo —le dijo al oído.

Luego le dijo todo lo que quería hacer con ella.

—Kyle…

—Me encanta cuando dices así mi nombre.

Ella le puso una mano en la cabeza y le agarró el cabello y lo besó fuertemente.

Entonces él apartó la mano y la hizo tumbarse con él en el heno, abrazándola.

—Siempre me gustó verte así.

—Kyle…

—Shhh. No hables. Ahora mismo estoy tan excitado por ti que me podría olvidar de la protección y arriesgarme a las consecuencias. Así que, por favor, ni una palabra.

Pensó que la galantería era un infierno y esperó hasta que ella se relajó en su abrazo.

Maxie le metió las manos por dentro de la chaqueta, sintiéndose protegida y relajada por primera vez desde hacía años. No quería pensar en los problemas que esa escena de seducción podía producir y sólo deseó sentirse así un poco más.

Poco después el silencio fue roto por el inequívoco ruido del motor del autobús escolar.

Maxie se sentó rápidamente, miró su reloj y se puso en pie. Kyle siguió tumbado, con las manos tras la cabeza, observándola mientras se quitaba el heno del cabello y luego se arreglaba la ropa, tenía que ducharse y pensó que ahora agradecía que Kyle hubiera hecho todo ese trabajo, dado que había desperdiciado toda la tarde. Lo miró impacientemente.

—¿No te vas a levantar?

—No.

—No puedo dejar que Mimi me vea así.

Kyle no dijo nada.

—Ni a ti así —añadió ella señalándole su excitación.

—Max… —dijo él sentándose.

—No, no discutas. Es una niña inteligente y ella es lo primero.

A pesar de lo incómodo que se sentía, Kyle se puso en pie y la agarró antes de que se marchara.

—No estoy discutiendo. Por supuesto, yo tampoco quiero que sepa lo que hemos estado haciendo aquí —dijo quitándole una paja del cabello—. Es sólo que no quiero que su madre lo olvide.

Ella lo miró profundamente a los ojos.

—Oh, Kyle, no lo pude hacer hace siete años. Y ahora tampoco podría.

Le rozó la boca con los labios y luego se marchó rápidamente, recogiendo su sombrero antes de marcharse.

A Kyle le dio la impresión de que acababa de empeorarlo todo.

Maxie se dirigió tranquilamente hacia el coche para recoger la última bolsa con la compra. El frío reinante le sirvió de ayuda para quitarse de encima lo que quedaba de la pasión. Su hija saltó del autobús y corrió hacia sus brazos. El corazón se le retorció en el pecho a Maxie cuando sus primeras palabras fueron:

—Hola, mamá. ¿Dónde está el señor Hayden?

Capítulo 7

Cuando Maxie salió de la ducha se encontró con las risas inesperadas de Mimi y Kyle. Por un momento disfrutó de ese sonido. Se secó el cabello con una toalla y se vistió rápidamente.

Kyle estaba en la cocina con un delantal y Mimi estaba a su lado.

El corazón le dio un salto entonces cuando los vio.

Cuando terminó la canción que estaba sonando en el equipo de música a todo volumen y que estaban coreando, Kyle le dio a la niña un pellizco en la mejilla, se rieron y la mandó siguiera trabajando. Maxie salió de allí sin que la vieran y suspiró apoyada contra la pared exterior. El corazón le dolía.

¿Cómo podía mantenerlos aparte? ¿Estaba haciendo lo correcto ocultándole la verdad a Kyle? Entonces se dio cuenta de que había caído en su propia trampa. ¿Qué le pasaría a Mimi cuando él se marchara?

Pero en el fondo de su corazón sabía que eso no era lo que le preocupaba realmente. Mimi se acostumbraría a casi cualquier cosa. Era ella la que no quería más dolor de corazón del que ya tenía.

Siguió allí oyéndolos hablar y reír hasta que encontró el valor suficiente como para entrar.

Cuando lo hizo, Kyle la sonrió y el corazón se le detuvo. Pensó en lo que sería ver esa sonrisa todos los días. Se parecía mucho a la de su hija.

—¿Dónde has estado? ¿Estabas tratando de escaquearte de la P. C.?

—Eso significa Policía de Cocina, mamá. Pero no como los policías o detectives —le dijo Mimi mientras preparaba la mesa—. Policía significa limpieza.

—¿Sí?

—Sí, el señor Hayden dice que lo hizo un par de veces cuando era marine. Por llegar tarde a diana.

Por haberse pasado la noche con ella, pensó Maxie mirando a Kyle, que le dedicó una larga y hambrienta mirada que la hizo recordar lo que había sucedido la tarde anterior.

—¿Qué estáis haciendo?

—Pollo al limón, fettucini Alfredo y brécol al vapor.

—¡Ecs! —exclamó Mimi mientras servía el agua.

—Con salsa de queso, muchachita.

Ella miró a Kyle.

—No, gracias, señor Hayden.

Entonces Kyle miró a Maxie a los ojos y le preguntó:

—¿Estás bien?

—¿Por qué no lo iba a estar?

—Por la forma en que escapaste de aquí, me estaba preguntando si me habrías olvidado —dijo él poniendo cara de cervatillo herido.

—No te estabas preguntando nada, canalla.

Tomó la bandeja que él le estaba ofreciendo y la llevó a la mesa. Entonces Kyle se rió suavemente y ella supo que le esperaba una noche muy dura.

Mimi ya estaba sentada y haciendo lo que mejor se le daba, hablar.

Durante toda la cena mantuvieron una conversación alegre y animada y Kyle incluso llegó a convencer a la niña para que probara el brécol. Estaba en el tercer bocado cuando sonó el teléfono.

Kyle siguió a Maxie con la mirada mientras contestaba.

—Es la estación de rescate —le dijo.

Luego se acercó a la ventana y vio que estaba nevando levemente.

—¿Estás seguro de que no puede esperar hasta mañana? —Estaba diciendo Maxie—. No, comprendo, Jackson. Dame una hora.

Luego colgó y les dijo a Kyle y Mimi:

—Tengo que llevarles un par de caballos. Vamos, princesa.

—Max. Deja que te ayude a meter los caballos en el remolque —le dijo Kyle.

—No es mucho, Kyle. Ya lo hemos hecho antes —respondió ella haciéndole un guiño a Mimi.

—Sí, yo la ayudaré.

—Pero es tarde y está nevando.

La mirada de Maxie le indicó que ya se había dado cuenta, así que él se rindió.

—Muy bien. Te diré una cosa. Tú preparas los caballos mientras Mimi y yo terminamos con esto. Luego te echaré una mano a meterlos. ¿Te parece bien, muchachita?

Mimi se encogió de hombros.

—Claro.

Dos horas más tarde, después de que Jackson hubiera llenado de golosinas a Mimi y Kyle y Maxie se hubieran tomado unos cafés, estaban de camino de vuelta a casa.

—Menos mal que vamos a poder acostarnos a una buena hora —dijo Kyle.

Maxie lo miró y contuvo la respiración. Mimi estaba dormida apoyada en él.

—Sabía que ella no podría aguantar tanto —dijo tratando de que no se le notara la emoción en la voz.

Kyle jugueteó con uno de los mechones de cabello de la niña.

—Pero no quisiste que se quedara sola conmigo.

—No, Kyle. Era ella la que no estaba lista para quedarse contigo.

El rostro de él se tensó.

—¿Crees que me tiene miedo?

Aquello no le gustó nada en absoluto.

—No es eso.

Lo cierto era que nunca antes había visto a Mimi confiar tanto en un desconocido.

—Pero prepararse para acostarse a veces es un verdadero drama para una niña —añadió—. Les gusta tener su intimidad y se muestran tímidas cuando alguien se les acerca cuando se bañan. A veces tienen vergüenza incluso de sus madres.

Cuando Maxie apagó el motor delante de la casa, Kyle la hizo mirarlo y la besó. Ella se resistió durante un par de segundos, pero luego cedió al beso con un gemido de ansia. Kyle había notado que

ella trataba de mantenerlo a distancia desde la cena. No le gustaba nada que lo pudiera hacer con tanta facilidad cuando él sólo sentía en su interior confusión. Y sólo llegó a ella de la única manera que sabía, besándola.

—No puedo dejar de pensar en lo de esta tarde —le susurró al oído—. Me excito sólo con recordar como tú…

—Kyle, shhh —dijo ella para que Mimi no se despertara.

Pero aún así, aceptó otro beso aunque se había pasado las últimas horas tratando de convencerse a sí mismo que no necesitaba aquello para nada.

Entonces Mimi se agitó y ellos se apartaron inmediatamente.

Kyle llevó a la niña en brazos al interior de la casa y la dejó en su cama. Mimi se despertó inmediatamente, se sentó y se cruzó de brazos mirando a los dos adultos y terminando con una mirada condenatoria a Kyle.

—Has besado a mi mamá.

Kyle parpadeó y miró brevemente a Maxie.

—Sí, lo he hecho.

Mimi miró entonces a su madre.

—¿Te gustó?

Maxie se atragantó.

—Parece como si sí que te hubiera gustado.

Maxie se ruborizó.

—No deberías haber estado cotilleando, pequeña. Además, ya es hora de que te duermas.

Kyle se agarró a eso y se dirigió a la puerta, pero las palabras de Mimi lo detuvieron.

—¿Le gusta mi madre, señor Hayden?

La mirada de él chocó contra la de Maxie.

—Sí, me gusta.

«Y siempre me ha gustado», pensó él mientras salía de la habitación.

Cuando estuvo tumbado en su propia habitación, mirando al techo, Kyle se dio cuenta de cómo un simple beso podía afectar a Mimi. Le caía bien esa niña. Era vivaz y dulce y sentía un curioso compañerismo con esa pequeña pelirroja. Pero Maxie tenía razón. Lo que hicieran la afectaría también a ella. Pensó entonces si estaba o no preparado para lo que aquello conllevaba. Se sentó en la cama,

puso los pies en el suelo y se frotó el cuello.

Dos días más tarde, Maxie detuvo el caballo que había estado entrenando en el paddock a un par de metros de la valla.

—¿Volar en tu helicóptero? No sé…

Maxie miró indecisa a su hija y a Kyle. Desde que se habían conocido, Mimi había estado esperando ese momento.

—Vamos, mamá…

—Te prometo que no haré ninguna tontería —añadió Kyle.

Lo cierto era que, además de que le gustara estar con ellas dos, se estaba aburriendo mortalmente, ya que Maxie seguía sin dejarle hacer nada en el rancho y, en el parque no pasaba nada. Así que había pensado que, por lo menos podía ayudarla ocupándose un poco de la niña.

—Un vuelo corto, un cuarto de hora. Y no me acercaré mucho al cañón.

—¡Vaya! —exclamó Mimi—. Yo quería ver el río desde el aire.

Kyle se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—Tranquila, chica. Vamos a no pedir demasiado.

Mimi sonrió y le guiñó un ojo.

Luego los dos miraron inocentemente a Maxie, pero no la engañaron. El que se estuvieran haciendo tan amigos la ponía nerviosa, pero verlos juntos, o mejor, a Kyle deseando estar en compañía de su hija, creaba en ella una esperanza que no sabía si tenía derecho a sentir. No podía separarlos sin despertar las sospechas de Kyle. Pero, a pesar de que Mimi pareciera aceptar que Kyle no se fuera a quedar mucho más tiempo, Maxie no se sentía satisfecha.

Pero parecía como si, para Mimi, el mundo entero dependiera de ese vuelo. Y, la verdad era que había estado siendo más un incordio que una ayuda desde que había vuelto del colegio ese día.

—¿Bueno, qué, Max?

—Sí, eso, ¿qué, mamá?

—Bueno… Un vuelo corto…

Mimi gritó encantada y se bajó de la valla de un salto.

Kyle sonrió y se acercó a Maxie.

—No permitiré que le suceda nada, Max. Confía en mí.

—Ya lo hago, Kyle. Pero ella es lo único que tengo.

—Te equivocas, Max.

Antes de que ella pudiera responderle, Kyle se volvió hacia Mimi.

—Vamos al aire, muchacha. Estamos perdiendo un buen tiempo para volar.

Mimi corrió entonces hacia el helicóptero.

Maxie los observó hasta que despegaron y se mantuvieron apartados del cañón, como le habían prometido. Pensó que le resultaba realmente difícil verlos juntos y, a pesar de que Mimi no echaba de menos lo que nunca había tenido, se daba cuenta de que cada vez se estaban haciendo más amigos. Padre e hija se parecían más de lo que quería admitir y temió la inevitable partida de Kyle.

¿Por quién la temía? ¿Por ella o por Mimi?

No quiso pensarlo. Ella estaría bien, a pesar de que le resultaba difícil estar junto a él, tenía que ser así. No quería volverle a hacer daño y Mimi se podría ver en medio de aquello. Miró su reloj y luego siguió trabajando, decidida a terminar de ejercitar a ese caballo antes de que aterrizaran.

Dentro del helicóptero, Kyle le puso el cinturón de seguridad a Mimi, le puso su gorra y le colocó los cascos y el micro.

—¿Lista? —le preguntó por el micrófono.

Ella levantó el pulgar.

—¡Lista!

Mientras ponía en marcha el motor, Kyle pensó que no había visto una sonrisa más amplia en toda su vida. La niña inclinó la cabeza para ver como se aceleraban las palas y luego miró hacia abajo cuando despegaron.

—¡Bien!

No mostraba la menor señal de miedo y él la admiró por eso, pero sabía que los niños no tenían un concepto real del peligro a esa edad. Bueno, ni él tampoco lo tuvo hasta que sintió la primera bala enemiga pasarle rozando y matar al hombre que estaba a su lado. Aún así, no sabía qué pensar de Mimi. Aunque cada vez que le hablaba o lo tomaba de la mano se le alegraba el corazón. Estaba fascinado con ella, por la forma adulta como hablaba, su tremenda lógica y su imparable forma de hablar. Cuando la miraba deseaba que fuera suya, pero sabía que cuando había estado con Maxie ella siempre había utilizado métodos anticonceptivos, así que sólo podía pensar en el hombre con quien ella había estado después de

abandonarlo.

Apartó ese pensamiento e hizo que el helicóptero ganara altura.

Mimi gritó encantada.

—¿Estás bien, muchacha? ¿Vamos demasiado alto?

—No. ¡Más alto! ¿Cómo funciona, señor Hayden?

Kyle ganó más altura antes de mirarla.

—¿Cómo funciona qué?

La niña hizo girar los ojos.

—El helicóptero, tonto. ¿Cómo se eleva del suelo?

Kyle gimió interiormente y se pasó los siguientes veinte minutos hablándole de aerodinámica de una manera que lo pudiera comprender.

Veinte minutos más tarde, Maxie estaba esperándolos cuando aterrizaron y pudo ver como Kyle le quitaba el cinturón de seguridad a Mimi antes de que ella saltara del helicóptero y corriera hacia ella.

Su excitación era contagiosa.

—¡Ha sido genial! Deberías haber venido, mamá. Todo parecía como si fueran juguetes, la gente nos saludaba con la mano y el señor Hayden bamboleaba el helicóptero, así es como se saluda en el lenguaje de los helicópteros.

Maxie hizo una mueca.

—El lenguaje de los helicópteros, ¿eh?

—Sí. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—¡El señor Hayden me dejó llevarlo! ¡Espera a que se lo cuente a Dana!

Maxie miró a Kyle.

—¿Qué has hecho?

—Vamos, Max…

—¿Cuándo lo puedo volver a hacer, mamá? ¿Cuándo?

Maxie miró a Mimi y no quiso quitarle la felicidad que se le notaba en la mirada.

—Ya hablaremos más tarde, ¿de acuerdo? Ahora, ¿por qué no llamas a Dana para contárselo?

Mimi asintió y miró a Kyle.

—Gracias, señor Hayden.

Kyle le guiñó un ojo.

—De nada, muchacha. Eres una gran copiloto.

A la niña se le iluminó la cara y corrió hacia la casa.

Y Kyle supo por la expresión de Maxie que era hombre muerto.

—¿La has dejado llevarlo?

Kyle se detuvo a unos centímetros de ella con las manos en las caderas y expresión seria.

—Dame un poco de crédito, Max. Tuve el control todo el tiempo, no soy un perfecto idiota, ¿sabes? La dejé poner las manos en la barra de dirección durante un par de minutos, eso fue todo.

Ella se ruborizó.

—Oh…

—¿De verdad te crees que yo haría algo tan estúpido?

—Bueno, no…

—Pero no estás convencida.

Ella levantó la barbilla y sus miradas se encontraron.

—Te conozco y sé que te encanta el peligro.

El resentimiento se apoderó de él.

—No. No me conoces, Max. Siete años te han cambiado a ti, pero a mí también. Dieciocho meses en el desierto me mostraron más peligros y muerte de que en toda una vida.

Y los últimos días le habían mostrado todo lo que se había perdido de verdad.

Maxie no se podía ni imaginar todo lo que él había pasado en el desierto, pero por su mirada supo que lo había asustado.

—Lo siento. No sé lo que me ha pasado. Ya sé que nunca le harías daño a ella.

Kyle le acarició la barbilla con un dedo.

—Ni a ti, Max.

Ella retrocedió un paso. Kyle tenía que darse cuenta de que no era buena para él.

—No hagas promesas que no puedas mantener. ¿Y tú? ¿No tienes miedo de resultar herido? Yo te hice daño una vez. Y lo podría hacer de nuevo.

—Sí, supongo que podrías.

—¿Y eso no te importa? ¿No te hace estar prevenido?

Kyle se acercó un paso.

—Esto no es una guerra para ver quien le hace daño antes al otro, ¿sabes? Sé que estás pensando en Mimi todo el tiempo, lo

mismo que yo ahora, pero vamos, Max, ¿cuándo vas a salir de detrás de ella y dejar salir tus sentimientos a la luz?

Maxie no iba a negar la verdad que había en esas palabras.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no tiene sentido.

Entonces la ira de él estalló de verdad.

—Bueno, gracias, Max. Ya veo que sigo sin significar nada para ti, salvo tal vez para un poco de diversión en un granero.

Entonces ella lo abofeteó fuertemente.

La mirada de Kyle se oscureció.

—¿Cómo puedes pensar eso? —le preguntó ella con la voz rota.

Kyle levantó las manos.

—Si quieres que te diga la verdad, de ti me puedo creer cualquier cosa. En un momento estás hecha una salvaje entre mis brazos y, al siguiente, es como si estuviera hablando con una pared.

—Entonces no lo vuelvas a intentar, ¿de acuerdo?

Se dirigió entonces al establo y Kyle la siguió de cerca. Desde detrás lo oyó decir:

—Mimi tiene seis años, se lo he preguntado.

Maxie no quiso mirarlo.

—¡Maldito seas por preguntárselo!

—¿Sabes lo que eso significa para mí? Por un breve segundo pensé que era mía. Pero no lo puede ser. Durante todo ese año que estuvimos haciendo el amor tú tomabas la píldora. La verdad es entonces que, mientras yo estaba metido en la arena hasta las rodillas y evitando balas, tú le estabas dando a un desconocido lo que prometiste que sólo me ibas a dar a mí. Y durante el resto de mi vida desearé que eso no fuera cierto.

Entonces se marchó y la dejó allí, con lágrimas en los ojos y pensando en lo que había hecho.

Capítulo 8

Kyle había dado unos veinte pasos cuando se detuvo, se volvió y corrió de nuevo hacia ella. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para que no le afectaran esas lágrimas y decirle:

—Te casaste con ese tal Davis porque estabas embarazada.

Eso fue más una afirmación que una pregunta.

Estaba claro que él se creía que se había transformado en una saltacamas cuando lo dejó.

—Mi hija tenía dos años cuando me casé con Cari.

Kyle se quedó con los ojos muy abiertos. ¡Davis no era el padre de Mimi! La hizo entrar en el establo mientras pensaba que ella no se había casado hasta hacía cuatro años.

—¿Por qué me has hecho creer otra cosa?

—Vaya, Kyle. No lo sé. ¡Tal vez porque te mostraras tan receptivo a la idea de que yo tuviera hijos! —dijo ella sarcásticamente.

Kyle se ruborizó avergonzado. Ella no le había contado la verdad por su propia actitud.

—Estabas tomando la píldora.

—¡Me olvidé de tomar una! Sucede a veces.

—¿Por qué terminó ese matrimonio?

—Me engañó sólo tres semanas después de la boda y yo le di la patada. ¿Satisfecho?

Kyle frunció el ceño.

—¿Te crees que me gusta que te hayan hecho daño?

—Sería justo, ¿no? Yo te hice daño y luego lo he pagado —dijo

ella amargamente, encogiéndose de hombros—. La verdad es que no me preocupó tanto por mí como por Mimi.

—¿Lo amabas?

—No.

—Dices eso muy fácilmente.

—Es la verdad. Ni siquiera sé muy bien por qué me casé con él —respondió ella mirándolo con los párpados entornados—. Tal vez porque pensé que era mi última oportunidad de conseguir lo que yo quería. O que fuera el único hombre que aceptó a mi hija sin preguntas o acusaciones. Todavía no sé lo que él tenía en mente teniéndome a mí y a una querida, pero creo que yo me casé más por comodidad que por sentimientos.

—No te pudiste casar conmigo por amor y pasión, pero sí con ese tipo —explotó él—. ¡Con él te casaste sólo por la compañía!

—No te atrevas a gritarme, Kyle. ¿Y por qué quieres saber todo esto? ¿Por qué estás hurgando en mi pasado?

—Porque todavía tengo sentimientos hacia ti, Max. Y me siento traicionado cada vez que os veo juntas a tu hija y a ti.

Ella entornó los párpados.

—Mala suerte. Supéralo.

—Dios sabe que lo estoy intentando, pero maldita sea, Max. Todavía me afecta el saber que te pudieras librar de mí con tanta facilidad, cuando a mí me costó meses en los que ni siquiera podía pensar en ti sin sentir dolor.

—El problema no es como lo superé yo, Kyle. Lo que te preocupa es lo que lleve Mimi en sus genes. Es mía. Su padre no sabe que existe. Traté de decírselo, pero él no estaba interesado en nada que procediera de mí. Eligió ignorarme. Y con eso también la apartó a ella de su vida. Así que tuve sola a mi hija y nos las hemos arreglado juntas. De todas formas, estamos mejor sin él.

—¿Lo estás, Max? ¿Estás mejor así? ¿Te has cerrado a todo el mundo o sólo a mí? Max, vivir como una reclusa no es proteger a tu hija, es para protegerte a ti. Y esta actitud de corazón cerrado le va a afectar a ella.

—No me digas lo que es bueno para mi hija, Kyle —respondió ella llena de ira—. No tienes ni idea de lo que es ser un padre. Y mucho menos serlo sola.

—Te refieres a que no tengo ninguna referencia al respecto, ¿eh?

¿Es eso lo que me estás diciendo?

—No pongas en mi boca cosas que yo no he dicho. No quieres oír lo que realmente tengo que decirte.

Kyle la miró fijamente con los brazos en jarras.

—Prueba, querida.

Maxie pensó que no lo podía hacer, sería como destapar una caja de emociones que no estaba preparada para afrontar y no sabía si lo estaría nunca.

—Sería desperdiciar munición.

—Sólo dime una cosa, Max. ¿Amabas al tipo que te dio a Mimi?

Maxie lo miró a los ojos. Los sentimientos que tenía hacia él, los que había ocultado incluso a sí misma durante los últimos siete años, salieron de repente a la superficie.

Kyle apretó los puños y esperó.

La visión se le nubló a ella y la verdad salió con facilidad de sus labios.

—Sí. Desesperadamente.

* * *

Kyle miraba al libro, pero no veía las letras, seguía viendo el rostro de Maxie hacía dos días cuando le había dicho que había amado a otro hombre. Desesperadamente, le había dicho y él había sabido la verdad. Sentía como si un veneno le corriera por las venas. No creía que nada le pudiera doler tanto como oírla decir eso.

Era algo suficiente como para hacerlo ponerse de rodillas.

Mientras pensaba se frotaba inconscientemente la pierna que se había lastimado hacía años.

—¿Le duele la pierna, señor Hayden?

Levantó la mirada y no pudo evitar sonreírle a Mimi.

—Sí, me molesta a veces, cuando hace frío.

—¿Cómo se la hizo?

—Salté de un helicóptero con una banda de goma atada a los tobillos y, cuando se rompió, casi perdí la pierna.

—Eso fue una estupidez, señor Hayden.

Kyle se ruborizó de vergüenza.

—Sí, lo sé. Pero entonces hacía un montón de estupideces.

«Como dejar que tu madre se marchara», pensó.

—¿Quiere jugar con nosotras?

Kyle miró a Maxie, que estaba sentada delante del tablero de juego.

—No creo.

—Por favor.

—Mimi —dijo Maxie mientras preparaba el tablero—. Si el señor Hayden no quiere jugar, no lo molestes.

Eso le pareció un reto a él.

—¿Tienes miedo de perder, Max? ¿Qué? ¿Admites que eres una gallina?

Mimi se cruzó de brazos y lo miró desafiante.

—Mi mamá no tiene miedo. ¿No, mamá?

Maxie parpadeó, dándose cuenta de que lo estaba mirando fijamente a él. Y él le estaba devolviendo esa mirada.

—Vamos con ello, Hayden —dijo.

Una hora más tarde, Kyle se estaba viendo ampliamente derrotado. Por una niña de seis años.

Mimi poseía la mayor parte de las avenidas del Monopoly y la última tirada de los dados decidió el juego.

—Bueno —dijo Kyle—. Estoy arruinado: ¿Y tú, Max?

—No me queda nada. Totalmente limpia.

Mimi sonrió entonces y dijo:

—Gracias. ¿Podemos jugar otra? Por favor.

—De eso nada. Mañana te tienes que levantar a las seis para ir con las Girls Scouts, muchacha.

Mimi hizo girar los ojos en sus órbitas.

—Oh, de acuerdo —dijo levantándose—. Buenas noches, mamá.

La abrazó y besó.

Estaba a punto de salir por la puerta cuando se detuvo y corrió de vuelta, deteniéndose al lado de Kyle.

Se quedó mortalmente quieto.

—Gracias por el segundo vuelo en helicóptero, señor Hayden —dijo aunque ya se lo había agradecido antes.

—De nada. Eres el mejor copiloto que he tenido nunca.

Mimi sonrió orgullosamente y luego se inclinó y le dio un rápido beso en la mejilla.

Kyle parpadeó y luego sonrió.

Pensó que era un blando con las pelirrojas mientras se le hacía un nudo en la garganta.

—Buenas noches, muchacha, que duermas bien.

Luego ella se marchó y Kyle la siguió con la mirada.

Maxie sintió como la tensión que tenía en el pecho se acrecentaba cuando Mimi lo besó. La mirada de amor de él la hizo pensar que se estaba equivocando no contándole la verdad.

—Mimi es una gran chica —dijo él entonces, mirándola.

—Gracias. Mis padres me ayudaron mucho a criarla.

—Sí, no lo dudo. Tienes unos padres magníficos, Max.

Entonces ella se levantó para avivar el fuego y fue cuando Kyle se dio cuenta de las lágrimas que le corrían por las mejillas.

—¿Max?

Ella lo miró. Los ojos le ardían por una emoción que no podía definir.

—Por favor, no digas nada, Kyle —respondió ella con la voz rota —. Por lo menos no lo hagas hasta que Mimi no se haya ido con las Girls Scouts.

Entonces se fue a acostar a su hija y Kyle se quedó solo en el salón.

Se daba cuenta de que ella le estaba ocultando más cosas de las que se había imaginado. Si ella pensaba que había terminado con él, si estaba dispuesta a apartarlo de su vida, ¿por qué no parecía nada contenta con su próxima marcha?

* * *

A la mañana siguiente, Mimi estaba en el porche con la mochila al lado. Parecía una pequeña vaquera, con su sombrero y botas.

Kyle le guiñó un ojo. Estaban esperando a que llegara el autobús de las Girls Scouts que la iba a llevar a una excursión de dos días en busca de huellas de animales salvajes. Kyle no creía que fuera lo suficientemente mayor como para ir, por muchos guías y jefes de grupo que llevaran. Le habían dicho que Maxie solía ir a menudo con ellos, pero ahora no lo iba a hacer. Además, parecía como si fuera a nevar más.

Max estaba también allí, lejos de él, como solía hacer desde el episodio en el establo. Mimi la miró preocupada y Kyle se dio cuenta.

—¿Qué te pasa, muchacha?

Mimi lo miró entonces muy seriamente.

—¿Podría usted hacer algo por mí, señor Hayden?

Tanta seriedad extrañó a Kyle.

—Claro.

—No haga llorar de nuevo a mi mamá.

Kyle parpadeó y un fuerte dolor se instaló en su pecho. Cielo santo. Había oído llorar a su madre después de la pelea que habían tenido en el establo. Miró a Maxie, pero Mimi le tomó el rostro entre las manos enguantadas y lo hizo mirarla a ella. El ala de su sombrero de vaquero tocó la de él.

—¿Me lo promete?

—Lo intentaré.

Esa niña era demasiado madura para su edad, pensó.

—Tiene que prometerlo.

—Te lo prometo.

Kyle pensó que se moriría antes de romper esa promesa, pero aún así, no creía que fuera posible.

Cuando se iba a subir al autobús, y después de despedirse de su madre, se volvió corriendo hacia él. Kyle se arrodilló y la niña se echó a sus brazos y le dijo al oído.

—Me gusta, señor Hayden.

A Kyle le dio un salto al corazón.

—Y tú a mí también.

Cuando se hubo marchado el autobús, se acercó a Maxie.

—¿Estás segura de que estará bien? Me refiero a que está nevando.

—Lo estará. Van a ir a buscar huellas de ciervos en la nieve y necesitan que haya nevado para hacerlo.

—Sí, supongo. Pero es tan pequeña…

La preocupación de él encendió en Maxie una chispa que había estado conteniendo desde hacía días.

—Sólo van a pasar la noche y se quedarán en unas cabañas. ¿Qué te dijo?

Kyle la miró y levantó una ceja.

—Nada, cosas de pilotos.
Entonces ella se volvió y se metió corriendo en la casa.
Kyle pensó que iban a ser dos días muy largos.

Capítulo 9

Kyle se detuvo un momento cuando pasó por delante de la habitación de Mimi. La verdad era que nunca había entrado allí, pero el hecho de que Maxie estuviera a cuatro patas, buscando algo bajo la cama con el trasero levantado en el aire, lo hizo acercarse.

Recorrió brevemente la habitación con la mirada. Estaba pintada de blanco y rosa, llena de muñecas y juguetes. Miró luego a Maxie mientras ella se quejaba de los hábitos de su hija y de que no tenía tiempo para eso. Se sentó entonces y se puso a vestir una muñeca desnuda. Estaba claro que amaba mucho a su hija, pensó él.

La estuvo observando unos minutos más y estaba a punto de marcharse cuando ella tomó una gorra negra de una de las estanterías. Era de él. Se la había dado a Mimi la segunda vez que volaron en el helicóptero. Nunca se había imaginado que fuera a ocupar una posición tan alta en la colección de la niña. Ni que Maxie se sentara en el suelo apretándola entre las manos y empezara a llorar.

Tragó saliva. Ese llanto le estaba haciendo perder la compostura. Ansió abrazarla y consolarla, pero no se movió de donde estaba.

Entonces una sospecha se coló en su cerebro.

Se apartó de la puerta sin que ella lo viera, pero durante el resto de la mañana no pudo dejar de recordar su llanto. Ni las preguntas que se le habían ocurrido y que necesitaban respuesta.

—No tienes que hacer esto.

—Ya lo sé —respondió Kyle golpeando el clavo con el martillo.

Había arreglado las ventanas y una puerta del establo que

encajaba mal.

—El almuerzo está listo, por si tienes hambre.

Pensó que la tenía, pero no de comida. Se incorporó y la recorrió con la mirada. Estaba en la puerta, con un trapo en las manos y una mancha de harina en la mejilla.

—Gracias —dijo él dejando a un lado el martillo.

Entonces sonó la emisora de radio mencionando su distintivo.

Kyle frunció el ceño y respondió. Poco después le dijo:

—La comida va a tener que esperar. Tengo que marcharme.

Recogió las herramientas y las llevó al establo, donde las guardaba ella. Cuando volvió a la casa, ella estaba fuera, en la puerta. Kyle la miró a la cara y luego a la mano que tenía tendida. Llevaba su libro de vuelo y la gorra de los marines.

—Es de Mimi —le dijo.

—No es la suya. Está en su habitación. Ésta es la que me diste a mí.

Las facciones se le tensaron a Kyle, tomó la gorra y le dio vueltas en la mano. Se la había puesto a ella en la cabeza el día anterior al que se suponía que se iban a casar. Entonces era nueva, pero ahora parecía tan gastada como la que le había regalado a Mimi. ¿Cuánto se la habría puesto ella para que estuviera así? ¿Y por qué lo había hecho si tan decidida estaba a no dejarlo entrar en su vida? La miró a los ojos y vio que los tenía húmedos. Se preguntó si sería por la emoción o por el frío.

—¿La guardaste?

—Lo he guardado todo, Kyle. Incluso los juguetes que salían con los chicles.

—Eso era algo tan juvenil…

—Yo pensaba que era algo tremendamente dulce.

Kyle se frotó la nuca y se miró los pies. Deseó desesperadamente decir algo, pero se tenía que marchar y no quería empezar algo que no iba a poder terminar.

—Ten cuidado —le dijo ella deseando tocarlo.

Kyle la miró.

—¿Te importa, Max?

La expresión de ella fue infinitamente triste.

—Eso nunca lo dudes, Kyle. Nunca.

Parecía como si estuviera a punto de ponerse a llorar y él se

acercó, le abarcó el rostro con una mano y le acarició el cabello. Todo el cuerpo de ella se estremeció y, por sus ojos, vio que tenía miedo.

—Chica, tenemos que hablar. No puedo seguir así.

Maxie se mordió el labio inferior.

—Yo tampoco.

—Pero tengo que marcharme.

—Ya lo sé.

Pero aún así, él no se movió.

—¿Puedo besarte?

Ella sonrió levemente.

—Ésta es la primera vez que me lo preguntas.

Sin dejar de mirarla, Kyle bajó la cabeza, Maxie se elevó y sus bocas se encontraron, levemente al principio, más intensamente luego. A ella le temblaron las rodillas y se le escapó un gemido, casi un sollozo. Kyle se apretó más contra ella y Maxie le agarró la chaqueta, colgándose de él. Cuando se apartaron, la siguió manteniendo cerca, mirándola a los ojos.

Entonces a Maxie se le escapó una lágrima.

—No llores, Max, por favor. Lamento lo que te dije el otro día. No tenía derecho…

—Shhh. No digas más. No ahora. Ahora te necesitan.

—Lo único que quiero saber es si me necesitas tú, Max. Porque yo sé que te necesito a ti.

—Sí, Kyle. Más de lo que pensaba. Ahora vete. Te estaré esperando.

—Me daré prisa.

Maxie estaba al borde del cañón y logró mirar hacia abajo por un momento antes de retroceder unos metros y sentarse en una piedra. Era un intento para superar sus miedos y raramente funcionaba. Lo hacía casi diariamente y nunca se había acostumbrado al vértigo.

No podía dejar de pensar en lo que le iba a decir a Kyle. Tenía que ser algo que no le hiciera daño a nadie. Estaba perdida en sus pensamientos cuando el helicóptero de él surgió del cañón y se acercó. El caballo que la había llevado hasta allí se asustó y echó a correr de repente.

Trató de ir a por él, pero ya era tarde, el animal ya estaba más

de un kilómetro, así que empezó a andar hacia el establo llena de ira.

No hizo caso del helicóptero que volaba sobre ella levantando una polvareda de nieve fresca.

Estaba varios kilómetros del rancho e iba a tener que hacerlos a pie.

Con unos pies fríos y mojados. Entonces un altavoz la sobresaltó:

—¿Quieres que te lleve?

Ella levantó la mirada y Kyle le sonrió a través de los cristales de la cabina.

Aterrizó, apagó el motor y, antes de que las aspas se detuvieran, salió de él. Maxie echó a correr en dirección contraria, pero él la persiguió y atrapó agarrándola de un brazo. Ella se volvió inmediatamente y le golpeó en un hombro un par de veces.

—¡No lo vuelvas a hacer! ¡Me has dado un susto de muerte!

—Pues ahora me pareces muy viva. ¡Ay! —exclamó él cuando lo alcanzó en la barbilla.

Pero ella siguió golpeándolo.

—¡Maldito seas, Kyle! ¡Siempre estás haciendo estupideces como ésta! ¡Te gustaba asustarme más de lo que me amabas!

Kyle avanzó un paso hacia ella.

—Eso no es cierto y lo sabes muy bien.

—¿No lo es? Nunca te preocupó lo que me pudiera pasar. ¡Nunca te molestaste en ver que, cuando aceptabas todos esos riesgos, estabas arriesgando nuestro futuro!

—Entonces no pensaba en el futuro. Era joven y estúpido.

—Y estabas dispuesto a morir. Dios sabe lo mucho que te odié a veces. Odié cuando eras marine y la guerra nos hizo apresurarnos. ¡Odié que no valiera lo suficiente para ti como para hacerme saber que estabas vivo! ¡Y te odié cuando me devolviste mis cartas y le dijiste a tu hermano que hablara él conmigo, en vez de hacerlo tú!

Mientras hablaba, lo volvió a golpear.

Pero Kyle la agarró y abrazó. Aunque ella trató de soltarse, no se lo permitió.

—¿Qué más odiaste, querida?

Ella lo miró a los ojos. Los suyos estaban llenos de lágrimas.

—Que puse toda mi fe en mi amor por ti y perdí.

—Fuiste tú la que me dejaste, no al revés.

—¿Cómo le llamas a darme la espalda? Lo que yo quise fue ir más despacio, no dejarlo del todo. Nunca lo quise. Pero tú no volviste a mí y no me llamaste. Tu hermano me dijo que no se te podía molestar…

La voz le falló entonces.

—Maldita sea, Max. No me eches toda la culpa a mí. Tú huiste, tomaste el camino fácil. Siempre lo haces.

—¡Tú me dijiste que me amabas y yo confié en ello!

—Y te amaba.

«Y aún lo sigo haciendo», pensó él, pero no estaba seguro de que ella quisiera oírlo.

—¡No lo suficiente como para venir a mí!

Entonces ella logró soltarse.

—Porque estaba seguro de que tú no querías que lo hiciera. No quise admitir que yo tuviera alguna parte en ello. Demonios, incluso le dije a algunos chicos que había sido yo quien te había dejado a ti. Tenía el orgullo en ruinas, Max. Pensé que había estado solo antes y que lo podía volver a estar sin problemas. Pero lo que no podía comprender era qué me hacía tan incapaz para evitar que la gente huyera de mi lado. ¿Qué había de repugnante en mí para que nadie quisiera amarme? Ya sé que suena patético e infantil, pero Max, hasta que nos conocimos yo no pertenecía a ningún sitio… salvo a ti.

La expresión de Maxie se suavizó y avanzó un paso hacia él.

—Oh, Kyle…

—No lo hagas. No me lo merezco. He tenido que afrontar muchas cosas en los últimos días y, reconocer que mi egoísmo me ha costado un futuro no es algo que pueda admitir con facilidad, así que deja que te diga esto.

Ella asintió y las lágrimas le cayeron por las mejillas en silencio.

—Ignoré lo que tú estabas sintiendo, no quise escuchar porque estaba aterrorizado de que tú no me amaras, de que yo no fuera lo suficientemente bueno como para ser tu esposo.

Ella agitó la cabeza salvajemente y se enjugó las lágrimas.

—Perseguir el peligro no era por la excitación que me producía, sino por la cara que ponías cuando lo hacía. La forma en que luego corrías hacia mí y me abrazabas. Como si no quisieras dejarme ir nunca. Y yo necesitaba eso, Max. El peligro nos probaba. Pero tú

seguiste amándome cuando estuve en el hospital y yo necesitaba saber que seguías amándome sin importar la estupidez que yo hiciera. Así que, ya ves… trataba de seguir contigo, pero no lo hacía bien. No sabía cómo hacerlo.

—Está bien…

—¡No, no lo está! —exclamó él quitándose el sombrero y pasándose la mano por la cabeza—. Podía haberme tragado mi orgullo y haber ido a buscarte. Pero la verdad es que… te dejé ir. No sabes lo mucho que me arrepiento de ello. Y no fui a buscarte porque… me aterrorizaba pensar que, si volvía a abrir de nuevo esa puerta… me dieras con ella en las narices. No podía aceptar eso. No cuando te amaba tanto.

—Yo te habría abierto esa puerta.

—Chica, lo siento. No sabes cuanto.

—Sí, lo sé.

Maxie avanzó un par de pasos y se detuvo.

—Te amo —le dijo él.

Ella lo miró fijamente.

—Te amo y no me voy a marchar —añadió él—. Te quiero a ti y a Mimi, y la familia que podemos formar. Y…

Mientras hablaba se fue acercando a ella.

—¿Y?

—Y tú me apartas de ti porque es más fácil que afrontar lo que sientes. Te ocultas aquí, en medio de la naturaleza porque crees que con eso estás protegiendo a tu hija, pero es a ti a quien tratas de proteger. Tienes miedo de amarme.

—¡Sí! —gritó ella—. Sí, tengo miedo de volver a hacerte daño. No tienes ni idea de lo que costó seguir con mi vida, Kyle. No sabes lo que he hecho…

—Y no lo quiero saber —la interrumpió él levantando una mano —. No. Vayamos un paso cada vez.

Ella asintió deseando apartar sus secretos a un lado por un momento.

—¿Pero y tú, Max? ¿No temes que te pueda volver a dar la espalda?

—No.

—¿Por qué?

—Porque he sido un verdadero incordio mientras has estado por

aquí.

—Mírame, Max.

Ella lo hizo y vio la intensidad de su mirada.

—Entonces acepta un poco de riesgo. Ven a mí, dame otra oportunidad de amarte.

—Te amo, Kyle Hayden —dijo—. Siempre te he amado.

A Kyle se le derritieron las entrañas.

—Entonces confía en mí. Esta vez lo haré bien.

Maxie se echó a sus brazos y Kyle la abrazó fuertemente. Luego cerró los ojos fuertemente, sintiendo todo lo que llevaba años deseando sentir.

—Dilo de nuevo —susurró.

—Te amo. Te amo.

A él le ardieron los ojos y siguió abrazándola con todas sus fuerzas.

Entonces le susurró algo al oído y ella se apartó un poco.

—¡Kyle! ¿Es en eso en lo único que puedes pensar ahora?

—Bueno, vamos a estar un día entero solos. Y, durante estos últimos siete años no he deseado más otra cosa.

—¿No te molesta que ya estés… preparado? —le preguntó ella apretando el vientre contra el de él, sintiendo su sexo excitado.

—Eso debería indicarte algo, teniendo en cuenta el frío que hace aquí.

Ella sonrió, encantada de que él la deseara tanto.

—Te echo una carrera —le dijo señalándole el caballo, que se les había acercado.

—Te ganaré.

Ella le dio un puñetazo cariñoso en la barbilla.

—De eso nada, piloto. El primero que llegue a la casa se desnudará.

Se soltó entonces de entre sus brazos y Kyle se quedó allí, observando como corría hacia el caballo y lo montaba.

Luego empezó a galopar.

Ella lo amaba, pensó y sonrió ampliamente. Siempre lo había amado.

Frunció el ceño levemente mientras se acercaba al helicóptero. Unos pensamientos conflictivos aparecieron en un oscuro lugar de su cerebro. Durante un par de segundos trató de recordar sus

recientes conversaciones, pero luego lo dejó y empezó a pensar en ganarla para llegar a casa antes que ella y desnudarla por sí mismo.

Capítulo 10

La puerta chirrió cuando Kyle atrapó a Maxie contra ella y la besó ansiosamente. Ella le puso la mano en la cabeza para acariciarle el cabello e hizo que su sombrero cayera al suelo, pero no le importó, a ella también se le había caído ya el suyo. No le importaba nada, excepto Kyle y demostrarle lo mucho que lo amaba y le desabrochó la chaqueta al mismo tiempo que él lo hacía con la suya.

Todavía había demasiada ropa entre ellos, así que él la siguió desnudando mientras entraban en la casa.

Maxie le sacó la camisa de dentro de los pantalones y le metió dentro las manos, sintiendo el calor de su piel.

—Kyle —dijo mientras saboreaba su boca.

Se quitaron las botas y los calcetines sin dejar de besarse. Siguieron las camisas y el sujetador de ella. Kyle paró un momento y se metió en la boca uno de sus pezones. Ella gimió y le hundió los dedos en el cabello, apretándole la cabeza contra el pecho.

De repente, Kyle la hizo apoyarse de nuevo contra la pared y le abrió los vaqueros con gestos frenéticos.

—Necesito tocarte —dijo mientras le bajaba la cremallera.

Ella gimió cuando su mano se abrió camino por dentro de las bragas, introduciendo un dedo entre sus húmedos pliegues. Cerró los ojos y echó atrás la cabeza. Kyle vio el deseo reflejarse en su rostro y eso lo excitó más todavía.

—Kyle… No tenemos protección.

Kyle sonrió.

—Yo sí.
—Ve a por ella. ¡Ya!
Kyle la besó profundamente y, segundos más tarde, volvió con los vaqueros ya abiertos para aliviar un poco la presión y con unos preservativos en la mano.
Ella los tomó, lo agarró por el cinturón y tiró de él haciéndolo entrar en su dormitorio.
Una vez dentro, lo abrazó inmediatamente, lo besó y él le quitó la camisa y el sujetador, acariciándole los senos mientras la besaba frenéticamente. Luego le bajó a la vez los vaqueros y las bragas y ella le metió la mano dentro del pantalón, abarcándole su sexo con los dedos.
Kyle gimió.
—No lo hagas —murmuró apretándose contra esa mano—. No lo voy a poder soportar.
—¿Has perdido resistencia con la edad? —respondió ella acariciándolo levemente.
—Si sigues así, sí.
Maxie abrió uno de los sobres de los preservativos con los dientes y se lo puso.
—Voy a explotar —dijo él.
—Ya lo sé.
—Quiero estar dentro de ti.
—¿Cuándo?
—Ahora mismo.
Se quitó los vaqueros con un solo movimiento y luego la atacó y la besó mientras se acercaban a la cama.
Una vez allí, Maxie lo guió hasta ella. Se miraron fijamente por un instante y luego él empujó. Ella se arqueó dándole la bienvenida.
—Oh, chica, estás tan caliente… —dijo él al sentir sus músculos femeninos atrapándolo.
Ella siguió su ritmo.
—Dame más —susurró—. Aprisa.
Kyle siguió moviéndose hasta que notó como la pasión se rompía en ella y con eso él se rindió también.
—Te amo —susurró contra su boca.
Poco más tarde, cuando ya habían recuperado un poco la respiración, Kyle le apartó el cabello de los ojos y le dijo de nuevo.

—Te amo, querida.

Trató de quitarle de encima su peso, pero ella se lo impidió.

—No te marches —dijo ella adormilada.

—Nunca —susurró él—. Estoy en casa.

Se quedaron pesadamente dormidos y era más de medianoche cuando Maxie se despertó. Parpadeó y vio que él la estaba mirando.

—Los años de frustración son un infierno, ¿eh? —le dijo él sonriendo.

Estaba arrodillado entre sus piernas, acariciándole los muslos y el fuego volvió a arder en ella.

—Sabía que nos iba bien en la cama —añadió—. ¿Pero tanto como para desmayarnos?

Ella sonrió.

—Puede decirse que años de frustración sexual están llegando a su fin.

—No. Sólo estamos empezando.

Cuando los dedos de él llegaron hasta el centro de su placer, ella gimió y abrió un poco más las piernas. Esa noche la iba a hacer gritar, pensó él. Luego le acarició los senos, centrándose en sus pezones primero con los dedos y luego con la lengua.

Sonrió cuando la sintió tensarse. Se levantó un poco y la miró a los ojos, la agarró por las muñecas y le puso los brazos sobre la cabeza.

—Quédate así —le dijo.

—¿Qué tienes en mente, Kyle?

Kyle se rió siniestra y maliciosamente y la besó profundamente.

—Prométeme que no me vas a tocar.

—Pero yo quiero hacer algo más que tocarte.

—Y yo lo que quiero es que esto dure, y si me tocas…

Ella sonrió y se estiró lánguidamente ante su mirada.

Entonces él la hizo levantar una pierna y se la colocó sobre el hombro. Saboreó su piel y, con la mano libre se fue acercando lentamente al centro de su deseo. Ella se estremeció.

—Kyle, esto no es justo.

Kyle se rió y le acarició el trasero. Sus dedos se acercaron, pero no lo bastante y su boca estaba cerca de la piel de ella, pero no la tocaba.

No lo podía soportar.

—Tócame, por favor.

—Ah, eso era lo que quería, que me suplicaras.

Entonces él le acarició levemente la unión entre sus muslos, rozándole los oscuros rizos.

Maxie se sintió derretir y él la miró desde abajo.

Se inclinó y empezó por el estómago y ella se estremeció fuertemente.

De repente él le abrió del todo las piernas y hundió allí la cabeza, torturándola con la lengua. Ella gritó y tosió, levantando las caderas mientras él pegaba su boca contra ese calor líquido. Lo llamó por su nombre y casi arrancó el cabezal de la cama, a donde se había agarrado en busca de un punto de apoyo. Kyle entonces le metió dos dedos en su interior.

Maxie se estremeció más, le suplicó que parara y que se uniera a ella. Pero él se negó y la hizo levantar más las piernas, exponiéndola más aún.

—¡Para, por favor! Debería atarte y hacerte lo mismo a ti.

—¿Sí? —respondió él riéndose.

Kyle se tumbó entonces a su lado y ella aprovechó para subírsele encima. Cuando lo acarició con la boca él se quedó muy quieto y gimió.

La tortura surtió su efecto y él tiró de ella, haciéndola sentarse sobre su cuerpo. Maxie abrió los muslos, dejándolo sentir su calor.

Kyle fue a buscar los preservativos, pero a Maxie no le importó. Se sentía salvaje y descuidada, y el pensamiento de tener otro hijo suyo no la iba a detener. Pero a él sí y buscó rápidamente protección. Ella ya se estaba acercando, deslizándose sobre él. Kyle se sentó rápidamente en la cama y se miraron, entonces su cuerpo se hundió del todo en ella.

—Aún sigues teniendo poder sobre mí —dijo ella.

—Y yo aún te sigo amando, Max.

La tomó por las caderas, poniéndola en movimiento. Ella se levantó y bajó con una dulce cadencia. El cuerpo de él se estremeció.

—Maxie, yo…

Pero no pudo continuar porque ella aumentó el ritmo frenéticamente. Lo único que pudo hacer fue hacerla acostarse en la cama. Ella se agarró con fuerza al cabezal y gimió y se retorció

alrededor de él.

Horas más tarde, ella estaba agotada, rodeada por los brazos de él.

—Recuérdame que te haga estas apuestas más a menudo —le dijo.

—Sólo mirarte ya es suficiente.

—Te amo, Kyle —suspiró ella—. Y, por mucho que quiera seguir haciendo el amor, tengo hambre y nos hemos quedado sin preservativos.

Kyle sonrió lentamente.

—No.

Con Maxie, la comida era una prioridad, pensó Kyle mientras se sentaba delante de ella en la mesa de la cocina y la veía comer las sobras de las comidas anteriores.

—¿Dónde metes todo eso? —le preguntó sorprendido—. Porque conozco cada pulgada de tu cuerpo.

—Ya lo sé. Pero creo que te falta alguna —respondió ella abriéndose la bata y señalándole un punto por encima de uno de sus senos.

Kyle sonrió y se levantó, la hizo levantarse a ella también y, después de ocupar su silla, la hizo sentarse en su regazo. Se olvidó de sus senos y le metió la mano entre los muslos. La encontró cálida y húmeda. Maxie abrió más las piernas.

—Me encanta cuando estás tan caliente por mí.

—Siempre lo estoy.

—Pues lo escondes bien.

—Años de práctica.

—Ya no. Dámelo todo, Max —dijo él abrazándola fuertemente por la cintura con el brazo que le quedaba libre—. Hemos perdido demasiado tiempo.

La manipuló entonces con los dedos y ella se apretó contra su cuerpo, giró la cabeza y lo besó mientras él la volvía a llevar al clímax.

Luego la tomó en brazos y la llevó al salón.

—Ya te daré de comer más tarde —dijo Kyle mientras la dejaba sobre la alfombra.

Volvieron a hacer el amor. Pero por mucho que ella le diera, por muy desinhibida que estuviera con él, Kyle se daba cuenta de que

aún le ocultaba algo.

Maxie salió de la ducha, se secó y se pudo un albornoz. Salió del cuarto de baño y vio que Kyle estaba dormido en su cama.

Se sentó en una silla al lado de la cama y lo miró mientras dormía. Estaba tumbado boca abajo, con un brazo colgando de la cama. Vio entonces la cicatriz de su pierna y recordó cuando lo vio saltar del helicóptero y el horror que sintió entonces.

Ése era el viejo Kyle, se recordó a sí misma. El que amaba el peligro. El hombre que había querido que ella volviera a su lado pero no se había atrevido a pedírselo.

¿Estaba él listo para oír lo que tenía que decirle?, ¿estaba listo para saber lo que significaba amarla a ella de verdad? Cerró los ojos. No podía pasar más tiempo con él sin contárselo. Estaba segura de su amor por él, lo mismo que sabía que tenía que arriesgarlo para ser feliz.

—¿Max?

Ella abrió los ojos y sonrió.

—Hola, piloto —dijo recorriéndolo con la mirada—. Bonito trasero.

—¿Quieres tumbarte desnuda conmigo?

—¿Sigues sin estar satisfecho?

—Eso nunca.

—Nunca digas nunca, Kyle.

—Cásate conmigo, Max.

Ella tomó aire y abrió mucho los ojos.

—Cásate conmigo esta misma noche.

—Kyle. Vamos a no apresurarnos.

Kyle se apoyó entonces en un codo y la miró.

—¿Apresurarnos? Max, ¿no crees que ya hemos esperado demasiado?

—Sí, lo hemos hecho —respondió ella apartando la mirada.

Kyle se sentó entonces en el borde de la cama.

—Max, no hagas esto. Puedo sentir que te apartas de mí. Te casaste con el hombre equivocado por unas razones equivocadas. Cásate conmigo por las correctas. Por las mismas de hace siete años.

Ella lo miró entonces de nuevo a los ojos.

—No estoy huyendo, Kyle. Estoy afrontando lo que hay entre nosotros. Esta vez la elección será cosa tuya.

Kyle frunció el ceño y fue a hablar, pero ella se inclinó y le pudo los dedos en la boca.

—¿Por qué no te duchas y te tomas un café? Luego hablaremos.

Kyle asintió, impaciente por hacerla su esposa, por vivir en la familia que iban a ser. Estaba seguro de que no tenían nada de que hablar. La amaba y ella lo amaba a él. El pasado no importaba.

Se levantó, vio la preocupación que se reflejaba en sus rasgos y la besó profundamente. Luego se metió en el cuarto de baño.

Maxie se acercó al armario y de allí sacó una gran caja antes de salir de la habitación.

Cuando volvió, él estaba sentado en el borde de la cama, secándose el cabello. Maxie llevaba una humeante taza de café en una mano y un sobre en la otra. Le dio la taza a él.

Kyle le dio un trago con gusto.

—¿Qué es eso? —le preguntó señalándole el sobre.

—Mi… nuestro futuro.

Maxie se lo pasó con mano temblorosa.

—Hablaremos después de que hayas leído lo que contiene.

Kyle le dio la vuelta para leer la dirección y un escalofrío le recorrió la espalda.

Estaba dirigido a él, de ella, hacía siete años.

Tenía una nota que indicaba que había sido devuelto por el destinatario.

Y no estaba abierto.

Capítulo 11

Querido Kyle:

Bueno, ahora sé que hiciste lo que prometiste y mantuviste baja la cabeza durante la guerra, ya que tu nombre no aparece en la lista de bajas o de heridos. Hubiera querido que me lo hicieras saber tú mismo, pero entiendo por qué no lo has hecho. Sé que estás dolido y lo lamento mucho. No quise hacerte daño. Aunque supongo que eso no significa nada para ti ahora, ¿eh? Tu dolor de corazón no se va a curar con palabras. Ni tampoco el mío, pero te amo. Siempre lo he hecho y, desafortunadamente para mí, creo que siempre te amaré.

Oh, me he pasado semanas enteras deseando que me llamaras, que encontraras suficiente el amor que hemos compartido como para hacerme saber que estabas vivo. He esperado un poco después de saber que tu unidad había vuelto y traté de llamarte. Pero se puso tu hermano y su actitud me indicó que se había puesto de tu lado. Una pena, me caía bien. Así que, antes de transformarme en una molestia para ti, decidí intentarlo de nuevo con esta carta.

No te estoy pidiendo que vuelvas conmigo, ya que es evidente que no quieres hacerlo. Ya me has demostrado que no me amabas como me había imaginado. Pero creo que tienes derecho a saber que eres padre.

Supongo que se me olvidó tomar una de las píldoras. Lo puedes llamar estrés de antes de la boda o algo así. Pero ahora ya no importa.

Kyle se levantó entonces y la llamó.

No tardó en darse cuenta de que estaba solo. Se dirigió a la puerta de la casa y la abrió justo a tiempo de verla salir al galope del establo. Apretó los puños e, ignorando el frío que hacía y que estaba nevando, se quedó allí por un momento, descalzo y sin camisa, hasta que el caballo y ella desaparecieron entre la nevada.

Ella tenía que haberlo intentado con más interés. Tenía que haber ido a verlo y hacerlo escucharla. Volvió luego al interior de la casa y al dormitorio. Había sido él quien le había dado la espalda a ella y no podía culparla. Era una elección que él había tomado cuando tenía el corazón roto. Había decidido no responder a sus cartas y llamadas.

Había sido un perfecto y estúpido cabezota.

Subió a s la habitación y siguió leyendo esa carta.

Ya sé que no quieres tener nada que ver conmigo, pero tu hija se merece conocer a su padre, por lo menos de alguna manera. Por cierto, que ella ya tiene ocho meses. Yo nunca te la habría ocultado, Kyle, si tú hubieras querido estar con ella. Si no me llamas o me escribes dentro de unos días, sabré tu respuesta y, aunque me resulte difícil, la aceptaré.

Mis padres se están portando muy bien conmigo. Me apoyan en todo y están muy contentos con su nieta. Tu hija sabrá que yo te amé y que, cuando la concebimos, nos amábamos.

* * *

Kyle notó como una lágrima le corría por la mejilla y se apretó el

puente de la nariz con los dedos.

—¡Oh, Dios!

Ya se le había pasado la ira y se había visto reemplazada por un arrepentimiento tan profundo que le resultaba difícil respirar.

No le extrañaba que ella hubiera estado tan fría con él. La ira que sintió entonces estuvo dirigida contra sí mismo. Debería haberse dado cuenta de que alguna vez hubiera pensado que Maxie se había apresurado a meterse en la cama con cualquiera. Ella no era así. ¿Cómo podría ella perdonarle por haber sido tan cruel y egoísta? ¿Cómo había podido superar todo eso y volverlo a amar?

Se tumbó en la cama dejando un brazo fuera y su mano dio con una caja.

Se sentó de nuevo.

En la caja había una nota que ponía:

> *Te has perdido muchas cosas, chico. Empieza por el vídeo.*

* * *

Kyle lo puso y el corazón le dio un salto cuando vio a Maxie.

Estaba en la cama de un hospital, de parto.

En el vídeo estaba grabado todo. Hasta cuando le dijeron que era una niña. Maxie sollozó y él la oyó decir:

—Oh, Kyle, mira lo que hemos hecho. Me gustaría que él estuviera aquí para verlo, papá.

Al parecer, era su padre el que lo estaba grabando, ya que su voz dijo:

—Ya lo sé, pequeña, lo sé.

Cuando terminó la grabación, rebobinó y lo puso varias veces más. Luego sacó otra caja de la más grande, la abrió y vio que dentro había unos zapatitos, blancos y un poco usados. Se los llevó a la nariz y le olieron a polvos de talco. También había un sonajero y demás cosas de un bebé. Trató de imaginarse a Mimi con todo eso, mirándolo.

Le temblaron las manos cuando tomó un álbum de fotos. Había fotos de él y de Maxie. También una de ella vestida de novia. Nunca la había visto así. Además había varias en las distintas fases de su embarazo. Frunció el ceño al ver que no sonreía en ninguna de esas fotos y que, en la mayoría, llevaba su gorra.

Aparte de los juguetes de los chicles y el anillo de compromiso, eso era lo único que le había dado. Salvo una hija.

También encontró unos artículos de prensa sobre la Guerra del Golfo, su unidad y una lista de bajas. ¡Oh, cielos!

—¿Kyle?

Levantó la cabeza y la desolación se reflejó perfectamente en su mirada.

—No te di muchas opciones, ¿no?

—Oh, querido, no lo hagas —le dijo ella entrando en la habitación—. No te culpes sólo a ti.

—Fui un estúpido y un egoísta.

Entonces se levantó y las fotos y demás cayeron al suelo. Se acercó a ella y Maxie apartó la mirada.

—¿Max?

Cuando ella lo volvió a mirar, tenía los ojos llenos de lágrimas y le tembló el labio inferior.

—Te eché mucho de menos, Kyle.

—Y yo a ti —respondió él apretando los puños.

—Quise odiarte.

—Tenías derecho a hacerlo.

—No pude hacerlo y me dolía mucho seguir amándote cuando tú no me querías. Tampoco quise que volvieras conmigo solo por nuestra hija.

—Entonces, cuando te devolvieron mi carta, dejaste de intentarlo.

Ella asintió tratando de contener las lágrimas.

—Mimi me dio la fortaleza que necesitaba. Mis padres se portaron muy bien y lo siguen haciendo, pero te necesitaba a ti.

—No sabes lo que me gustaría haberme tragado mi orgullo y haber venido contigo. El tiempo que he perdido…

—Ahora ya no vale la pena lamentarse por ello.

Kyle asintió sintiéndose fatal y se abrazaron fuertemente.

—Lo siento. Lo siento mucho.

Ella sollozó en sus brazos y se agarró a él.

—No lo sientas más. Te necesito, Kyle.

—Y yo a ti.

—No, yo te necesito a ti —dijo ella, besándolo.

Luego sus manos le recorrieron el pecho y se bajaron, encontrándose con el botón de sus vaqueros.

Kyle sintió entonces la energía. La prisa. Deseó empezar de nuevo. La desnudó a toda prisa, la hizo tumbarse en la cama y él sobre ella.

—Ahora, Kyle, ahora —le exigió ella guiándolo.

Kyle abrió el cajón de la mesilla de noche y buscó los preservativos.

—Aguanta, Max. Aguanta.

Apenas había tomado la caja cuando ella lo tomó por las caderas y tiró de él, introduciéndoselo. La llenó completamente y gimió.

Mientras Maxie lo recorría frenéticamente con los labios, necesitaba sentirlo, más profundamente, necesitaba crear un nexo permanente con él. Ya había expuesto todos sus secretos y seguían juntos.

—Te amo, te amo —gritó ella y él siguió haciéndole el amor.

Un amor salvaje. Se saborearon y acariciaron, besaron y chuparon y Maxie lloró por los años perdidos.

Cuando terminaron, ella se comió un par de onzas de chocolate.

Kyle se levantó de la cama y se puso los pantalones.

—Yo necesito más que eso.

Una vez en la cocina puso en una bandeja un par de grandes sándwiches, fruta y queso y volvió con ella a la habitación.

Allí se detuvo en la puerta cuando la vio chupándose los dedos.

Se había puesto un breve camisón que, inmediatamente, le produjo un montón de fantasías. Pensó que nunca la había visto tan erótica y hermosa.

—Provisiones —le dijo acercándose a la cama.

—Vas a necesitar más que esto antes de que termine la noche.

Kyle la recorrió con la mirada.

—Y tú también, chica.

Maxie no le pudo contestar porque sus entrañas se habían derretido bajo esa mirada.

Kyle dejó la bandeja sobre la mesilla de noche, se sentó en la

cama y se puso la caja de las fotos en el regazo.

—Éstos son para mi helicóptero —dijo levantando los zapatitos.

Maxie sonrió cariñosamente mientras lo veía buscar entre esas cosas del pasado. De repente, Kyle se quedó muy quieto y ella lo miró con curiosidad por saber qué habría encontrado. Dejó la caja en el suelo y la miró.

—¿Qué te pasa? Estás raro.

Kyle la miró intensamente por un momento. La tomó la mano y le puso el antiguo anillo de compromiso.

Ella lo miró por un momento y luego lo miró a él a la cara.

—Nos amamos.

—Sí —respondió ella con la voz rota—. Nos amamos.

—Esta vez es para siempre.

Ella sonrió y una lágrima le cayó por la mejilla.

—Para siempre, Kyle.

Entonces él se llevó la mano a los labios y se la besó manteniéndole la mirada. Después la abrazó y besó y empezaron de nuevo a hacer el amor.

Cuando se despertaron de nuevo, comieron algo decente y se fueron a montar a caballo.

Esa tarde, Kyle llamó a su hermano y le dijo que, por fin se iba a casar con Maxie y que ya era padre. Estuvieron charlando una buena hora y Mitch se disculpó por la parte que le había tocado de todo ese enredo.

—Soy padre —dijo él cuando colgó.

—Sí, lo eres —respondió Maxie dándole una palmada en el estómago lleno.

—Vamos a por Mimi.

—No.

—Max…

—Ella no lo sabe. Aunque creo que le gustas, tenemos que ver cómo lo hacemos.

Kyle estuvo unos momentos pensativo. Mimi podía resultar más que traumatizada si descubría que él era su padre. Pero no podía evitar estar ansioso por tenerla en sus brazos y mirarla con nuevos ojos.

—¿Es el primer paso casarte conmigo?

Ella sonrió y se miró el anillo.

—Sí, lo es.

Kyle frunció levemente el ceño.

—No voy a tener que adoptar a mi propia hija, ¿verdad?

—No. Tu nombre está en el certificado de nacimiento.

Eso le dejó claro que ella no lo había ocultado nunca.

Entonces sonó la radio y cuando Kyle respondió, Jackson le dijo que había un problema.

—Una chica se ha salido del camino y ahora está en una repisa de roca, pero tiene demasiado miedo como para moverse.

—¡Debe estar helándose! —exclamó Maxie mirando la nevada que estaba cayendo por la ventana.

Allí era suave, pero sabía muy bien lo que podía estar pasando en el cañón.

—Voy ya mismo —dijo Kyle.

—Hayden. Dile a Maxie que venga también.

Kyle frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Se necesitan caballos?

—Kyle, es Mimi.

Abrió mucho los ojos y miró a Maxie. Ella ya estaba tomando sus abrigos.

—Ya vamos.

—¡Aprisa! —le gritó Maxie.

—Maxie, muchacha, no te dejes llevar por el pánico.

—¿Que no me deje llevar por el pánico? Ella está en el cañón, atrapada en alguna parte, helada de frío.

Kyle la agarró del brazo y la agitó.

—Y no tenemos que asustarla.

—Es nuestra hija, Kyle.

—La encontraremos, Max. Te lo prometo.

O moriría intentándolo, pensó. Su pequeña necesitaba que él conservara la calma y Kyle se centró en recoger su equipo. Sabía que, si hacía mucho viento y estaba nevando, tendrían problemas con el helicóptero. Las palas se podían helar. Calentó el motor del todo terreno de Maxie y la ayudó a meter dos mulas en el remolque.

—Yo te seguiré por arriba —le dijo—. Conduce con cuidado. Yo la sacaré de allí, te lo prometo.

—Sé que lo harás.

Cuando entraron en la estación de rescate, las Girls Scouts

estaban siendo recogidas por sus padres. Pero muchos de ellos se ofrecieron para ayudar. Maxie estaba completamente dominada por el pánico cuando habló con el guía.

—¿Por qué la dejaste?

—Max… —dijo Kyle, tomándola del brazo, pero ella se soltó.

—Tenía que sacar antes de allí a las demás niñas. Todas estaban aterrorizadas. El equipo la vio pero ella no los dejó ayudarla.

—Yo iré a por ella —dijo Kyle, pero Maxie lo agarró del brazo.

—No sin mí.

—Deja que pase por allí primero con el helicóptero. Ella lo reconocerá y sabrá que estoy allí. Luego puedo bajar una cuerda.

En pocos minutos estaba en el lugar del accidente, haciendo círculos para verla. Hacía mucho viento y le costaba trabajo estabilizar el helicóptero. Pensó que había hecho muchas estupideces peligrosas en su vida, pero nunca ninguna por una razón tan buena como salvar a su hija. Entonces la vio. Hizo girar el aparato y ella trató de levantar una mano para saludarlo. Era peor de lo que Kyle había pensado. Estaba en el borde de un precipicio. No se le ocurría cómo había podido llegar hasta allí. Cuando trató de mover un brazo se resbaló un poco. Kyle se dio cuenta de que no podía bajar una cuerda. Y tampoco podía irse sin hablar con ella, así que encendió los altavoces.

—Hola, muchacha. Voy a bajar a por ti, ¿de acuerdo?

Ella asintió. El sombrero de vaquero se lo había llevado el viento. Kyle salió del cañón y aterrizó rápidamente. Maxie lo estaba esperando y corrió hacia él. Le contó la situación. Ella ya tenía ensilladas las mulas. Los caballos no iban bien para los caminos estrechos.

Jackson estaba listo para montar.

—No, voy yo —insistió ella.

—Max, tú no estás entrenada para esto.

—Sí, lo estoy. Es mi hija y yo conozco el cañón mejor que nadie. ¡Así que voy!

Kyle la abrazó fuertemente.

—Está bien. Está bien.

Miró entonces a Jackson suplicándole y el jefe asintió de mala gana.

—Vamos.

Cuando montaron, Kyle pensó que todo saldría bien. No estaba dispuesto a perder todo lo que le había devuelto la vida.

Capítulo 12

Kyle la descubrió el primero y desmontó. Luego miró a donde estaba su hija, unos veinte metros por encima de él.

—Es sorprendente que haya llegado hasta allí.

—El guía dijo que estuvo todo el tiempo un poco triste —respondió Maxie sintiéndose culpable.

—Nos oyó discutir el otro día. Te oyó gritar. De hecho me hizo prometerle que no te volvería a hacer llorar. Una promesa que rompí rápidamente.

—Oh, Kyle…

—Ahora, lo que quiero saber es si vas a ir de blanco cuando te cases conmigo.

Ella parpadeó, sorprendida.

—Bueno, después de los dos días pasados… Yo diría que podrías ir hasta de escarlata.

Ella sonrió. Kyle la había estado hablando tranquilamente todo el camino, animándola y obligándola a hacer planes para el futuro en vez de dejarse llevar por el miedo que ambos estaban sintiendo.

Kyle se puso el arnés, las botas y el material de escalada y luego se ató la cuerda. Luego se volvió a Maxie.

—Vamos a por ella.

La ayudó a ponerse el equipo, aunque dudaba que lo fuera a necesitar, ya que Mimi no estaba tan lejos, pero quería que ella lo fuera asegurando con la cuerda.

Esperaba que Mimi no estuviera herida.

Empezó a subir rápidamente, acercándose cada vez más a la

niña, deteniéndose sólo para meter algún seguro y pasar la cuerda por los mosquetones. Cuando se acercó vio el miedo en el rostro de su hija.

—Hola, muchacha.

—Hola, señor Hayden.

Ansiaba el momento en que ella lo llamara papá.

—¿Lista para ir con mamá?

Ella asintió.

—Vas a tener que venir hasta aquí, Mimi.

El terreno era muy quebradizo alrededor de la niña y él temía que se derrumbara con su peso.

—Salta a mis brazos —le dijo saltándose él todas las reglas de seguridad de la escalada.

La niña agitó la cabeza decididamente.

Lo intentó una vez más y ella siguió negándose y él le dijo a Maxie:

—No quiere acercarse.

—Mimi, muchacha, haz lo que te diga el señor Hayden. Te quiere, querida, no dejará que te pase nada —le gritó ella.

Kyle extendió los brazos.

—Vamos, muchacha, ven. Te prometo que no te caerás.

Mimi se mordió el labio inferior, indecisa, y luego asintió. Luego saltó, cayendo en sus brazos. El impacto lo hizo resbalar un poco, pero los detuvo el seguro que Kyle había puesto en la pared.

Kyle cerró los ojos y le dio gracias a Dios. La sujetó un momento más y le apartó el cabello de los ojos entonces la niña lo miró a los ojos.

—Gracias —susurró y le pasó los brazos por el cuello.

Kyle se sintió como un rey.

Le dijo a Maxie que tensara la cuerda y que la sujetara al pomo de la silla de una de las mulas. Así empezaron a bajar lentamente.

Mimi no dejaba de disculparse por haber causado tantos problemas y de decirle que tenía mucho frío.

Abajo los recibió Maxie, que la abrazó fuertemente y le cubrió el helado rostro de besos. Luego abrazó también a Kyle, rodeando con los brazos a toda su familia.

—¿Podemos irnos ya a casa? —preguntó Mimi mirándolos a los dos.

—Sí, pequeña. Tenemos que hacerlo. Tengo hambre.

La niña se rió y lo volvió a abrazar y Maxie sonrió.

Un par de horas más tarde, después de que hubieran reconocido a Mimi los médicos, estaban de vuelta en casa. Maxie la hizo darse un baño caliente, la secó y le puso su pijama de franela. Se comió un sándwich y un tazón de chocolate caliente y la acostaron.

Kyle esperó en la puerta de su habitación con el tazón vacío en la mano mientras Maxie tapaba bien a su hija y luego se sentaba a su lado para leerle un cuento.

—Buenas noches, señor Hayden.

—Buenas noches, muchacha.

Maxie lo miró y sonrió, entonces Mimi los miró a los dos y dijo:

—Estáis distintos.

Mimi era una chica lista y no le sorprendió a Maxie que reconociera el cambio que se había producido entre Kyle y ella.

—¿Por qué lo dices?

Mimi sonrió ampliamente.

—Os miráis distinto y sonreís mucho. Tú lo quieres, ¿no, mamá?

—Sí.

De repente Mimi miró a Kyle como si supiera que su madre le estaba ocultando algo. Luego bostezó y cerró los ojos.

—Eso está bien, mamá.

Cuando la dejaron dormir, Maxie y Kyle decidieron que tenían que ver la manera de contarle la situación lo más tranquilamente posible.

A la mañana siguiente, Kyle estaba en la cocina cuando entró Maxie y lo abrazó.

—¿Sigue dormida?

—Como un tronco.

Kyle sonrió y pensó que ése era el único momento en que su hija se quedaba quieta.

—Ya sé que te lo quieres tomar con calma…

—Por favor, Kyle. Dale un par de días.

—Bueno, pero no más, Max.

Kyle quería tenerlas a las dos cerca y lo más rápidamente posible, pero había estado de acuerdo en darle ese par de días para que la niña se fuera haciendo a la idea. De todas formas, él tenía que ver cómo iba su negocio.

La besó y salió de la casa, dirigiéndose a su helicóptero, que le había dejado allí el equipo de rescate.

Una vez en el aire, miró para abajo y vio a Maxie en el porche, mirándolo a él.

Más tarde, Maxie estaba trabajando en el establo cuando entró Mimi.

—¿Dónde está? —le preguntó con las manos en las caderas.

Maxie pensó que su hija seguía cansada.

—Buenos días, querida. No deberías salir afuera.

—¿A dónde ha ido? ¿Qué le has dicho que lo ha hecho marcharse?

Maxie frunció el ceño y la miró.

—¿De qué me estás hablando?

—¡Es mi padre!

Maxie abrió mucho los ojos.

—Os oí hablar de mi padre a la abuela y a ti. Te oí a ti decir su nombre cuando llorabas. ¡Es mi padre y tú lo has hecho volver a marcharse!

—Mimi, tranquilízate. No entiendes…

—¡Te odio! —le gritó Mimi con lágrimas en los ojos.

—Un momento, jovencita… Esa actitud te va a costar cara.

—No me importa. Tú lo has hecho marcharse. ¡Te odio!

Luego se dio la vuelta y echó a correr.

Media hora más tarde, Maxie volvió a la casa, preparada para tener otra pelea con su hija. Pero se encontró con que la casa estaba vacía.

Kyle entró en su oficina llevando en las manos la carpeta en la que tenía sus trabajos para la semana siguiente.

Eran demasiado pocos, pensó.

—¿Randy? —llamó a su ayudante—. ¿Es esto todo?

—Sí. Pero ha habido seis llamadas esta mañana. Dos van a venir a ver cómo es el helicóptero. Ah, tienes una invitada —le dijo señalándole la puerta cerrada de su despacho.

—Una chica. Realmente bonita.

Maxie. Entró en el despacho abriendo del todo la puerta y se quedó helado al ver a Mimi sentada detrás de su mesa de despacho. ¿Cómo habría llegado hasta allí? Miró a su alrededor. Aparentemente, estaba sola. Aquello no estaba bien, pensó tratando

de calmarse. Salió de nuevo del despacho, escribió el número de teléfono en un papel y le dijo a Randy que la llamara para hacerla saber dónde estaba su hija.

—Hola, muchacha.

Mimi levantó la mirada y a Kyle se le heló el corazón cuando vio sus ojos llorosos.

—Hola.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo él sentándose en el borde de la mesa—. ¿Dónde está tu mamá?

—No me importa. La odio.

—Vaya, chica. ¿Está bien decir eso de tu madre?

—No me importa. Hizo que tú te marcharas.

—¿Qué te hace decir eso?

—Te marchaste.

—Tenía que trabajar.

Estaba claro que la niña no veía la lógica de eso, así que él añadió:

—Mimi, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Andando.

Aquello no era posible y la alternativa hizo que se le encogiera el estómago.

—¿Todo el camino?

—No —respondió ella mirándolo—. Me trajo una señora en su coche.

Kyle se levantó y se acercó a ella, arrodillándose a su lado.

—¿Y tú te montaste?

—Sí.

—Cielo santo, Mimi. ¡Te podían haber raptado o algo peor! ¿Te das cuenta de eso?

—¡Pero yo quería verte!

—Eso no es excusa. Tienes que pensar antes de arriesgarte a hacer cosas como ésa.

—Tú te marchaste.

—¿Eh?

—Nos abandonaste.

—Tengo que llevar un negocio…

Ella agitó la cabeza fuertemente y se bajó del sillón. Kyle se levantó y la miró. Sus miradas se cruzaron.

—Tú eres mi padre, ¿no?

Kyle sintió que le fallaban las piernas y se dejó caer en el sofá.

—¿Te ha dicho eso tu madre?

—No.

Mimi le contó entonces todo lo que había averiguado.

—Tú eres ese Kyle. ¿Por qué dejaste a mi mamá?

Aquello estaba resultándole realmente duro.

—Ah, Mimi… Era un estúpido —dijo él extendiendo los brazos y el corazón le dio un salto cuando ella aceptó el abrazo—. No pensaba en nada más que en lo que estaba sintiendo. Quería hacerle daño a tu madre porque ella me lo había hecho a mí.

—¿Como yo cuando me he escapado y he dejado que me traigan?

—Sí. Eso fue un gran error. Pero yo no arriesgué mi vida.

Las lágrimas se asomaron a los ojos de Mimi.

—¿Me he metido en un buen problema, no?

—Oh, yo diría que sí.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No, sólo un poco molesto. Sé que tu mamá te ha enseñado que no debes hacer estas cosas. ¿Qué te crees que estará pensando ahora, preocupada por ti?

Mimi pareció avergonzada y Kyle se imaginó que Maxie tendría algunas cosas que decirle. La dejó en el suelo y le señaló una silla añadiendo:

—Pon allí el trasero y quédate muy quieta. ¿Comprendido?

Ella asintió y se sentó en la silla.

Casi le rompía el corazón verla allí, con los ojos llorosos, pero Kyle se mantuvo firme. Se había arriesgado mucho yendo hasta allí. Pero había ido a por él.

—¿Quieres a mi madre?

—Sí, mucho.

Mimi sonrió entonces.

—¿Os vais a casar?

—Si a ti te parece bien…

—¡Sí!

—Muy bien, porque ella me ha dicho que sí.

Estaba a punto de salir del despacho para llamar a Maxie en privado cuando ella irrumpió dentro.

Miró a Kyle y luego a su hija.

—Max —le dijo Kyle agarrándola del brazo antes de que dijera nada—. Vámonos los tres a casa y ya hablaremos de esto.

Maxie asintió y Kyle le señaló a Mimi. La niña se bajó de la silla y siguió afuera a sus padres.

Una vez fuera, él no vio el coche de ella y Maxie le contó que la había llevado Jackson, ya que ella no estaba en condiciones de conducir.

—Entonces os llevaré yo.

—¿En el helicóptero?

Kyle recordó entonces que ella tenía miedo de las alturas.

—Confía en mí alguna vez, Max.

—Y confío en ti.

—Sí, claro.

Abrió la puerta del helicóptero y Mimi se metió en el asiento trasero.

—¿Por qué no te molestaste en decirme que vivías al otro lado del cañón? —le preguntó ella agitando la tarjeta que él le había dado.

—¿Por qué no te molestaste tú en preguntármelo?

—Yo confío en ti, Kyle —le dijo ella, pero aún así no se movió.

—Entonces déjame entrar, Max. Vas a tener que dejarme ser parte de todo. Ninguno de los dos puede evitar lo que sucedió en el pasado, pero lo de hoy nos lo podíamos haber ahorrado.

—Pero…

—Mimi sabe quien soy yo. Y esta vez no va a haber tardanzas. Sólo quiere que seamos sinceros con ella. Confía en mí. Y ahora, ¿subes o qué?

Kyle se puso los auriculares, le pudo otros a Mimi y extendió la mano hacia Maxie.

—Vamos, Max.

—Sí, vamos, mamá. Es divertido.

Ella estaba tan quieta como una piedra, recorriendo con la mirada todo el helicóptero. Kyle sabía que la aterrorizaba entrar y, lo que era peor, despegar.

—Hey, yo estoy dispuesto a ceder en lo que sea, pero tú tienes que empezar primero.

Eso la convenció por fin.

—Ya cedo, ya cedo —dijo ella entrando—. Llevo años enamorada de ti y ahora confío en ti también. Y en tu habilidad como piloto.

Kyle despegó rápidamente.

—Estoy orgulloso de ti, Max.

—Yo también, mamá.

—De acuerdo, estoy aceptando el riesgo —dijo ella y, como no podía mirar al suelo, lo miró a él—. Ahora, aterriza y cásate conmigo, Kyle. Por favor.

—Sí… cásate con nosotras… papá.

A Kyle se le llenaron los ojos de lágrimas, se volvió en su asiento y le acarició la cabeza a Mimi. Luego miró a Maxie, pensó que esas mujeres eran su vida. El helicóptero vaciló entonces y Maxie le dijo:

—Será mejor que te des prisa o voy a decorar el parabrisas.

—Adelante, si lo necesitas.

—¡Kyle!

Kyle se acercó a ella entonces y la besó decididamente.

—Eh, chicos… —dijo una voz desde detrás, seguida de una suave risa.

Se apartaron y miraron a su hija.

Cuando aterrizaron, Kyle abrió la puerta y le dijo a Mimi:

—Entra en la casa y enciérrate en tu habitación, muchacha. Estás castigada.

Mimi lo miró con los ojos muy abiertos y Maxie se dio cuenta de que estaba sopesando sus opciones, la muy bruja. Pero no estaba dispuesta a dejar que su hija empezara su nueva vida enfrentándolos al uno con el otro, ahora que se sentía tremendamente respaldada.

—Ya has oído a tu padre. Adelante.

Le sentó muy bien poder decir eso en voz alta.

Mimi salió del helicóptero y se dirigió a la casa sonriendo.

Maxie y Kyle la vieron alejarse.

—¿Kyle?

—¿Sí?

—Gracias.

—¿Por amarte?

—Por eso… y por rescatarme de mi propia soledad.

—Vamos, chica. Era yo el que necesitaba ese rescate.

Fin



Amy J. Fetzer, cosmetóloga de profesión, se dedicó a ello por completo hasta los 30 años. Cuando se decidió a escribir, tardó 3 años en terminar su primer libro, hoy tiene publicados unos cuantos. Ha sido nominada y ganadora de varios premios.

Está casada con un miembro de la Marina estadounidense, ya jubilado, por lo cual pasó mucho tiempo sola haciéndose cargo de la casa y sus hijos. Ha disparado armas, ha hecho rappel, ha montado en un vehículo blindado, e hizo un poco de buceo en el Mar Oriental de China.

Escribe desde las 7 de la mañana hasta las 4 de la tarde, aunque a veces, según la inspiración, lo hace durante más tiempo. Los fines de semana los deja libres para pasarlos con la familia y con amigos.